

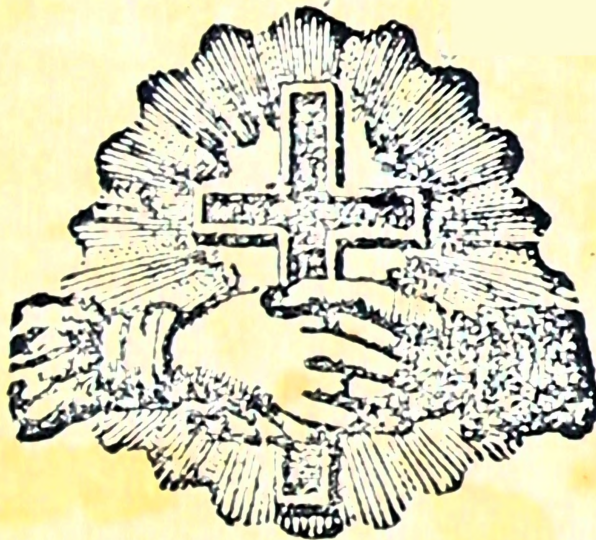
DEBERES DE LOS CASAS

ó

HIGIENE Y FILOSOFIA

DEL

MATRIMONIO.



— PUNTO —

FUNDICION DE TIPOS DE M. RIVADINEIRA.

1876.

INTRODUCCION



La suerte de los casados ha sido por largo tiempo el objeto de mis meditaciones. Al ver tantos matrimonios públicamente desavenidos, i tantas personas de uno i otro sexo que se arrepienten en secreto de haber formado esta union, quédé si este respetable vínculo sería una felicidad ó una desgracia para la sociedad en general, i en particular para los individuos que se ligan con él. El fruto de mis meditaciones era siempre triste, porque el mal está demasiado estendido; y yo llegué á creer que esto nacía de que tan respetable institucion no era á propósito para labrar la dicha del jénero humano. Mas al fin, nuevas y atentas observaciones me han llegado á persuadir de que el matrimonio es ó puede ser el orijen de todas las felicidades terrestres, y que solo por la falta de cálculo y reflexion en los que lo contraen, es que ha podido degenerar entre la mayor parte de ellos en una odiosa y temible esclavitud. En efecto, si consideramos las necesidades, fines y efectos de la sociedad, los poderosos instintos que guian las acciones de los hombres durante toda su vida, y los usos establecidos en todas las naciones desde el orijen del mundo, nos persuadiremos fácilmente de que el matrimonio no solo es útil y análogo á la naturaleza del hombre, sino absolutamente necesario para su dicha. Mas, una larga disertacion me conduciría lejos del asunto que me he propuesto, y para tratar profunda y filosóficamente esta grave é importante materia, se necesitan luces de que carezco y una pluma mas ejercitada que la mia. He notado que en esta tierra los hombres temen el matrimonio, ya porque aman demasiado la vida libre i disipada que equivocadamente juzgan los hará dichosos, ya porque los asusta el pensar en la coquetera y despilfarro de las mujeres. Y

estas se casan á ser esposas, por tener mas libertad, tienen tambien con la idea de darse un año de p^otico i lleno de vicios. Por fin, muchos se casan sacrifican todo su capital en los primeros dias por hacer ostentacion de un vano y ridículo lujo. Pero bie pronto, el marido abrumado de deudas y aburrido con las peticiones indiscretas de una mujer que no sabe poner freno á sus gastos y vanidad; y esta, careciendo de lo supérfluo que apetecía y aun de lo necesario, cansada de sufrir asperezas y malos tratamientos, exasperada por la indigna conducta de su vicioso marido, y rodeada de corrompidos seductores; se dejan mutuamente para abandonarse cada uno por su lado á una vida de escándalo que causa su infortunio y un notable perjuicio que causa á toda la sociedad. Otros no se separan; mas ¿qué triste es el cuadro que ofrece su vida en el recinto de su casa! riñas, celos, quejas, intrigas, engaños y desconfianzas, cuanto desagradable puede producir la aversion y todos los desórdenes que causa la discordia, se reúnen dentro de esos muros en donde habitan la desgracia y la afliccion. Un esposo burlado ó envilecido, una mujer ultrajada, odiada y miserable, hijos sin educacion ni principios, criados que alternativamente son los tormentos, los cómplices y las víctimas de sus amos. . . . tal es el funesto cuadro que en todo ó en parte ofrece la vida conyugal en muchas casas. En otras la virtud del uno es sacrificada á las pasiones del otro, y en pocas reina la verdadera felicidad. Muchos hombres sábios y pensadores han atribuido estos males á la perpetuidad del matrimonio. Estoi bien léjos de participar de su opinion; pero, ya he dicho que no me creo capaz de entrar en discusion sobre tan importante asunto. — Se sabe tambien que no han faltado curiosos que formen el triste cálculo comparativo del número inmenso de matrimonios infelices, y los mui pocos que son realmente dichosos. Empero, presentando á los ojos del pú-

blico estos desconsoladores resultados, no se consigue atajar el contagio. Antes bien, este cuadro aflictivo desalienta, y los que pudieran haber sido unos honrados padres de familia abandonan el proyecto de casarse, temiendo aventurar en una suerte tan incierta la felicidad y tranquilidad de toda su vida. Debe, pues, remontarse hasta el origen del mal, mostrar sus causas y procurar los medios de evitar sus efectos.

He pensado que un resúmen de los principales deberes recíprocos de los esposos sería útil á los jóvenes que aun no se han puesto en estado, y acaso tambien á los casados. Lo he escrito repartido en doce capítulos, que forman dos partes separadas, la primera para los hombres y la segunda para las mujeres. Hasta cierto punto puede decirse que cuanto contiene este pequeño tratado, es aplicable á ambos sexos. Yo no he separado sino aquello que me parecia mas análogo á las circunstancias peculiares del uno ó del otro, esperando que el buen juicio de los lectores hará las aplicaciones convenientes, ampliando ó restringiendo mis ideas segun los deberes mas marcados del hombre ó de la mujer, y en proporcion á las funciones que á uno y á otro les están encargadas. Ignoro si mi trabajo será útil y mis ideas exactas; pero sí puedo asegurar que una intencion pura y loable ha puesto la pluma en mis manos. He deseado contribuir de algun modo á la felicidad de mis conciudadanos, y si logro hacer algun bien, por pequeño que sea, quedará sobradamente recompensado este corto trabajo.

PRIMERA PARTE.

DE LOS PRINCIPALES DEBERES DEL ESPOSO CON LA ESPOSA.

CAPITULO PRIMERO.

DEL RESPETO.

El hombre que se resuelve á abrazar el estado del

matrimonio, toma, por decirlo así, un nuevo sér. Sus hábitos, sus amistades, sus conversaciones y diversiones deben mudar de aspecto. Él no ha hecho sino pronunciar un monosílabo, y este sonido indiferente por su naturaleza, le carga de nuevas obligaciones, le impone sacrificios; pero tambien le prepara goces inestimables, y le da un rango respetable en la sociedad. Mui comun es que la fogosa juventud abrace este estado sin detenerse á pensar en su importancia y consecuencias. El corazon tierno de un jóven se siente conmovido al contemplar los encantos exteriores de una muchacha: una sonrisa apacible, un movimiento gracioso, un rostro alegre y fresco bastan para inflamarlo. Arde en deseos, y se arroja ciegamente en la red, sin sospechar siquiera que va á sacrificar el mayor de sus bienes, su libertad por poseer un objeto que no conoce casi, un objeto tal vez despreciable y adornado únicamente con los brillantes coloridos que le prestó su ardiente imaginacion. Así es como se forman tantos enlaces desacertados en los cuales bien pronto se introduce el fastidio y la aversion, y que despues son el castigo perpetuo de los locos contrayentes, y el escándalo de la sociedad.

Pero sea así ó de otra manera mas juiciosa que se conduzca el hombre para abrazar este estado, creo de alguna utilidad indicar los principales deberes que se impone para con aquella á quien ha ligado su destino, y de cuya felicidad se hizo cargo.

No pretendo dar mis opiniones por norma de las ajenas; mas, si mis reflexiones y una larga y triste experiencia me hubieren sujerido algunas ideas que puedan ser útiles á mis lectores, este resultado lisonjero disculpará el atrevimiento de quien, por primera vez se resuelve á dirijir sus palabras al público.

Es obligacion de un esposo el respeto debido á una jóven, que debe suponer inocente y virtuosa, puesto que ha querido hacer de ella su compañera para toda

la vida. El marido incauto que consiente y anima estas burlas atrevidas é insulsas con que se regalan de ordinario los oídos de una recién casada, se espone con esta nécia conducta, con esta culpable tolerancia á hacerla perder este bello pudor que realza y sostiene todas las virtudes. Porque, ¿qué concepto formará de su nuevo estado una persona tímida y sin experiencia que se ve asociada desde que se casa á las desvergonzadas conversaciones, á los equívocos infames que los licenciosos no se atrevían á pronunciar en su presencia una hora ántes de su himeneo? ¿No tendrá alguna razon para sospechar que una de las prerogativas de las casadas consiste en estar iniciadas en los impuros misterios del libertinaje? ¿Cómo puede un hombre de juicio permitir y autorizar chanzas que saquen los colores al rostro de una mujer amada? Y si él da el pernicioso ejemplo de aplaudir estos insolentes despropósitos, ¿no será disculpable la jóven inesperta que agasaja con una sonrisa al aturdido que la ofende con expresiones libres? Nada daña tanto un corazón sensible é inocente como el hábito de oír proposiciones escandalosas. Por otra parte, ¿qué derecho puede tener un esposo imprudente para exigir que otros respeten á aquella que él no supo respetar, aunque tenía tanto interés en hacerlo?

Es necesario que los respetos debidos á una esposa no se limiten á suprimir las necias bufonadas con que se festeja el día del matrimonio. Han de entenderse hasta los momentos de mayor intimidad, y conservarse aun en medio de los goces que autoriza este nudo sagrado. ¿Por qué ha de tiranizarse á una mujer hasta el extremo de exigir de ella á título de esposa el sacrificio de su honestidad y su recato? Las tímidas caricias que se obtienen sin violencia, deben ser más gratas para un hombre honrado y sensible, que todos los triunfos de su superioridad. Feliz el esposo que besa con ternura una frente modesta coloreada

da con el bello encarnado del pudor! Este es el precioso velo de la virtud, y el atrevido imprudente que llega á romperlo, se espone á pagar muy caro su temeridad.

Si en todos tiempos son perniciosas y contrarias á la moral esas compañías de perdicion que los jóvenes juzgan necesarias para su recreacion y pasatiempo, puede asegurarse que á un hombre casado le están absolutamente prohibidas por su deber y por su propio interes, y comete un atentado contra su felicidad y la de su familia, continuando sus culpables relaciones con amigos disolutos, y rodeando á su esposa de un círculo de mozos libertinos y desconceptuados. Un hombre debe mirar su casa como el asilo sagrado de la paz doméstica, donde guarda su mayor tesoro, que es una mujer virtuosa, y al profanarlo, introduciendo en él estos jóvenes perdidos que se dicen sus amigos, obra como un aturdido y se prepara su propia desventura. Así, pues, es preciso renunciar esas peligrosas amistades, ó ya que esto no pueda verificarse, es fuerza darles otro jiro, haciéndose respetar (lo cual es difícil), por aquellos que tal vez fueron sus cómplices ó discípulos en el arte de corromper la moral, trastornar la sociedad, y ultrajar los vínculos más respetables y sagrados.

Aunque el matrimonio prescribe la más grande confianza, esta no debe estenderse á los tiempos anteriores sobre ciertos puntos de la vida privada. Me atrevo á pensar que estas confianzas sobre desórdenes ó deslices pasados enjendran desconfianzas para lo futuro, y pueden producir insensiblemente una frialdad que mine al fin la felicidad conyugal. Una mujer decente no habia recibido ántes del dia de su matrimonio de parte del que ya es su esposo, sino respetos, adoraciones y protestas de un amor esclusivo y sincero. Ella no sospechaba siquiera que se pudiese amar á una, y gozar con muchas. Se creia amada

y tenía cierta vanidad en poseer sola á aquel cuyo corazón le fué ofrecido tantas veces. ¿Cuál será su despecho despues de oír confianzas imprudentes, al contemplarse el milésimo objeto de las atenciones de este mortal querido, que creía haber cautivado ella sola; y al saber de su propia boca que ha prodigado dinero, tranquilidad, promesas y caricias para lograr favores que no le fueron pedidos á ella, y para satisfacer deseos momentáneos y pasajeras fantasías! Aunque su esposo le jure un amor tierno y preferente, ¿será bastante esta promesa sin ninguna garantía para indemnizarla de la mortificación de ver rivales por todas partes, y de contar tal vez entre sus mismas amigas ocho, diez ó más mujeres asociadas, por decirlo así, al secreto de su felicidad, y que han recibido estas mismas caricias que ella tanto aprecia? Esta amarga idea puede producir sucesivamente desconfianza, fastidio y aun desprecio. Sería, pues, más acertado callar todo lo que puede ser desagradable á una mujer sensible y delicada, aun cuando movida por una indiscreta curiosidad, proteste que escucha aquellas relaciones con la mayor indiferencia. Es más conveniente prolongar hasta donde sea posible las dulces ilusiones del amor. La idea de un cariño exclusivo halaga el corazón y lisonjea el amor propio, dando una idea ventajosa del mérito con que se cree haberlo obtenido. Ya que un esposo no haya sido inocente, es preciso á lo ménos que evite parecer imprudente, haciendo alarde de sus extravíos pasados.

Hai tambien otra confianza peligrosa que un marido no debería hacer nunca, porque con ella falta á sus deberes, y ofende la delicadeza de su mujer. Esta es la de las frecuentes infidelidades que cometen sus amigos casados. No hablaremos de los infinitos males que una indiscrecion de su esposa puede causar en las familias de aquellos, ni del criminal abuso que se hace de la amistad, revelando por diversion el

secreto de las debilidades de un amigo, ni del campo que se abre á la maledicencia, regando estas anécdotas escandalosas. Me limitaré únicamente á observar que no necesita una mujer tener mucha malicia para sospechar que las confianzas de que le habla su marido, han sido recíprocas, puesto que es bien sabido que los hombres temen siempre descubrir sus flaquezas á aquellas personas que por su conducta irreprehensible pueden ser severas. Parece que las malas acciones pocas veces se comunican voluntariamente á los que no han sido cómplices ó participantes de ellas. De aquí resulta, que una esposa á quien ha instruido su imprudente marido de las faltas de sus amigos, teme con razon hallarse en el mismo caso en que están las esposas engañadas, que excitan su compasion. Este es un nuevo jémen de disgustos y tibieza.

No son ménos perjudiciales las continuadas preguntas que un marido hace á su mujer sobre los obsequios que pudo recibir ántes del matrimonio. Si ella no ha favorecido á ningun amante, se ofende ó se aflige de que no se haya apreciado debidamente su primero y único amor. Si ha amado á otro, y lo niega (en razon de que debe ser duro hablar con un esposo que se respeta, de estas galanterías que se teme le ofendan), se dió ya con esto un mal paso; pues ha empezado la reserva y el disimulo con una ocultacion de la verdad, que aunque se considere inocente y permitida, puede tener funestas consecuencias. Si ella habla el lenguaje franco de la ingenuidad, su corazon quedará tranquilo; pero el marido habrá destruido, con su curiosidad, una de las ilusiones de su dicha y una parte de sus placeres.

Hai otro punto delicado y sobre el cual no están de acuerdo todos los casados. Algunos han llegado á pensar que, prodigando públicamente á sus esposas las más tiernas caricias, se granjearían el concepto de

los más excelentes maridos. Pero esta es una fatal equivocación. Con tan imprudente conducta no consiguen sino desterrar los placeres del amor, que exigen el manto de un modesto misterio, ofender el pudor de sus esposas, atacar la moral pública, hiriendo la decencia, y esponerse á ser cruelmente ridiculizados. Y en verdad, ¿cómo no han de parecer afectadas estas caricias entre dos personas que pueden pasar la mayor parte de su vida en los *asolas* de una sociedad tan íntima y legítima? El marido que se marea de esta suerte, se espone á que algún malicioso profiera espresiones atrevidas, provocado por la desenvoltura de una esposa imprudente, y á despertar entre los espectadores inocentes de uno y otro sexo, pasiones y deseos que, empezando por realorar una imaginación tierna, concluyen por minar la pureza del corazón.—Se contestará, tal vez, que la imájen de esta felicidad y estos cariños conyugales sirven de estímulo á la juventud para abrazar este estado respetable. ¿Qué error! El público perspicaz, no ve la dicha en estrs vanas demostraciones de un exajerado amor. Se sabe demasiado que este sentimiento delicado y profundo está acompañado siempre de cierta dosis de celos, que obliga á ocultar la propia dicha, para sustraerla á la codicia ajena. La mayor parte de los hombres sienten un placer en lucir y ostentar el lujo de sus habitaciones, la elegancia de sus vestidos y la hermosura de sus caballos; pero no conozco uno solo, que teniendo un poco de juicio y de amor propio quisiera el objeto de todas las miradas. Por otra parte, se puede suponer, sin mucha temeridad, que estas exajeradas demostraciones de amor, tan públicas y tan frecuentemente repetidas, no son hijas de un sentimiento tierno, sino de la costumbre; y un hombre atrevido puede sacar de esta observacion consecuencias que espongan la paz doméstica de estos esposos incautos, y que sean poco honrosas á una mujer qu

sin modestia ni rubor recibe con indiferencia besos y caricias que no le causan placer ni conmueven su corazón.

En el curso ordinario de la vida se presentan mil ocasiones en que un esposo puede testificar el respeto con que mira á su compañera. Tal es por ejemplo la circunstancia en que se encuentra cuando riñe y corrige á sus criados y dependientes. En estos casos, la mayor parte de los hombres se dejan arrebatarse del furor, y no pueden desahogarlo, sino prorumpiendo en un torrente de palabras escandalosas, ofensivas y obscenas. La esposa y los tiernos hijos acostumbran sus oídos á este lenguaje indigno que es el que imitan y usan luego en casos semejantes; y los criados y jentes groseras hacen sobre cada palabra del amo comentarios desvergonzados que podrían escandalizar en un cuerpo de guardia. Así es que se destruye la moral, porque este lenguaje obsceno estingue la castidad de los oídos, acostumbra la imaginación á representarse cuadros impuros, y es cierto que cuando el pudor ha abandonado el pensamiento, está ya muy cercana la corrupción del corazón.

Creo también que es un deber del esposo respetuoso y previsivo apartarse á su mujer con tino y sin afectación de todo espectáculo, sociedad y concurrencia en donde no se observe la decencia más estricta y el más esmerado recato. Un baile de máscaras, por ejemplo, me parece un pasatiempo peligroso; porque favorece la impunidad de los insolentes, dejando á todos el pretexto y la excusa de las equivocaciones. Hai otras muchas reuniones y relaciones que, tal vez no presentan inconveniente á primera vista; pero un marido debe ser muy cauto, porque el público es muy severo. En fin, no creo recomendar demasiado el respeto que debe un hombre á su compañera. Es un respeto de decencia y honestidad, es el homenaje continuo hecho á la virtud, que se ama y se desea forti-

ficar. No consiste en vanas ceremonias, cortesías y afectados cumplimientos, sino en el hábito de usar siempre con su esposa de todas las reglas de la mas severa decencia, preservando sus ojos, sus oídos, su imaginacion y su corazon de todo aquello de que un padre de familia querría preservar á sus inocentes hijas. En una palabra, este respeto consiste en observar una conducta tal, que inspirando afecto y veneracion en el corazon de su esposa, la obligue á buscar por sí misma esta perfeccion y estas virtudes que deben hacerla digna de su marido, y darle el lugar mas distinguido en el corazon del hombre honrado y estimable á quien le unió el destino.

CAPITULO SEGUNDO. DE LA TOLERANCIA.

Aunque ya he dicho lo suficiente para dar una idea de mis opiniones con respecto al matrimonio, quiero empezar este capítulo, advirtiéndole que se va á tratar de tolerancia de pequeños defectos y de ciertas opiniones, mas no de tolerancia de costumbres y conducta. Es muy notoria la diversa educacion que reciben los dos sexos, y por consiguiente, no debe extrañarse la diferencia enorme que se advierte en sus opiniones, ya sobre cosas esenciales, ya sobre otras que no lo son. Las ideas que se imprimen en la infancia rara vez se borran, y aun pudiera decirse que son indelebiles, cuando se han fomentado y sostenido en la juventud. Por esto es muy comun encontrar mujeres llenas de errores y preocupaciones, como tambien hombres que califican de preocupacion y error cuanto hai respetable y sagrado. Estos dos extremos son ordinariamente los frutos de la educacion. Mas, por ridículas y necias que puedan parecer ciertas ideas de las mujeres, jamás deben atacarse abiertamente y de una manera fuerte y decisiva. Si una madre, por e-

jemplo, juzga que su hijo enfermo no recobrará la salud hasta que hayan ardidido cuatro ceras delante de la imájen de su santo favorito, ¿á qué fin negarle el consuelo de encenderlas, y alarmar su piedad, oponiéndose á este inocente acto de devocion? Si una jóven piensa que disipa una tempestad, quemando algunas hojas de ramo bendito, ¿qué mal se sigue de esta simple práctica de la ignorancia, que ántes bien puede producir el saludable efecto de calmar un terror pueril con la persuacion de haber hallado el mejor remedio contra el rayo? Los errores producidos por una piedad poco ilustrada, no son jamas perniciosos á una mujer, con tal de que no lleguen hasta la ceguedad de un fanatismo intolerante y supersticioso. Los sentimientos relijiosos dulcifican el carácter y predisponen á la virtud, y el delito entra con dificultad en una alma que se contempla siempre en presencia de su Dios. La devocion es tan necesaria á una mujer, como el agua á los peces y el aire á las aves; porque en ella todo es esperanza y consuelos, y nadie necesita más de estos apoyos, que una mujer casada y madre de familia.

Un esposo prudente no debe irritarse al saber que su crédula compañera teme emprender un viaje en cierto dia, porque lo cree infausto y de mal agüero. Es verdad que estas ideas mezquinas y pueriles traen á guisa de inconvenientes; pero es necesario soportarlas y aun respetarlas hasta cierto punto. El tiempo, la dulzura, la razon y los conocimientos que un hombre debe tratar de comunicar á su esposa, disiparán poco á poco estas preocupaciones. El marido sensato acostumbrará fácilmente á su mujer á mirar una tempestad en su verdadero punto de vista; la enseñará á oír, sin aterrarse, el estallido del rayo; le manifestará las ventajas que estas conmociones producen en la atmósfera, le hará observar las bellezas imponentes que despliegan á nuestros ojos estos maguá-

ficos espectáculos de la naturaleza, que tan elocuentemente publican el poder y la gloria del Criador. La persuadirá con facilidad de que no hai dias aciagos, supuesto que el bien y el mal suceden en cualquier dia y hora de la vida. La convencerá de que no hai alimentos que contengan hechizos maléficós, haciéndola comprender que la costumbre y la organizacion particular de cada individuo son las que determinan (ayudadas y combinadas con otras causas naturales) los alimentos que pueden ser saludables ó nocivos, y que la salud se conserva con la temperancia y la frugalidad, y no con privaciones emanadas del temor de las hechicerías y de otras preocupaciones vanas y aterradoras. En fin, no hai error que un hombre prudente no pueda arrancar del cerebro de una mujer de quien se haya hecho amar, con tal que emplee para ello paciencia y moderacion.

Pero ¿desgraciado de aquel que quiera rasgar de un golpe el velo de las preocupaciones, mudar en un dia los hábitos de una vida entera, y emplear la autoridad en vez de la persuasion y el convencimiento!

La misma tolerancia debe estenderse á las opiniones sobre la política, medicina, diversiones, &c., &c., cuando de ellas no deduzcan las mujeres algun principio peligroso contra la moral ó contra sus deberes especiales. Enseñándolas á pensar, se logra rectificar sus ideas.

La lijereza irreflexiva que caracteriza al sexo, las extravía muchas veces; mas cuando el corazon no está pervertido, el entendimiento admite la instruccion y se presta con facilidad á recibir impresiones saludables. Las mujeres, por lo comun, aman sus opiniones por debilidad, y sin tomarse el trabajo de examinar sus fundamentos; tienen cierta vanidad en decir: yo opino, yo pienso, yo estoy convencida de esto ó de aquello. De aquí nace su encaprichamiento y aun su entusiasmo por seguir opiniones perjudiciales ó ri-

dículas. Aun entre las personas bien educadas se nota una obstinacion invencible cuando se quiere usar de la fuerza para obligarlas á abandonar ideas que siempre les habian parecido justas. Muchas veces se hallan mujeres que confunden el dogma, la hermosa religion cristiana y la piedad con prácticas mezquinas inventadas por el fanatismo, y con creencias supersticiosas; no porque su talento y capacidad las haga incapaces de recibir mayores luces, sino porque así las enseñaron desde su infancia, y porque habiéndose convenido tácitamente en hacerlas esclavas, era necesario empezar por embrutecerlas. En los asuntos políticos ellas padecen tambien graves equivocaciones; mezclan confusamente el gobierno, la patria y los intereses de la sociedad con sus simpatías individuales, con sus afecciones y negocios personales. Si se examinan á fondo sus opiniones, se hallará que en gran parte son hijas de un entusiasmo momentáneo, y que aunque las mujeres sean capaces de los más heroicos sacrificios en favor de su patria, del gobierno ó del partido á que pertenecen sus padres, esposos, parientes ó amigos, no son sin embargo muy susceptibles de profundizar los principios políticos, de comparar las ventajas de diversas instituciones aplicadas á su país, ni de prestar una atencion séria y continuada al exámen que los hombres hacen de las graves cuestiones en que se cifra el interes del Estado. Un discurso elocuente las seduce, una catástrofe pública las conmueve, una persecucion ejercida contra el objeto que aman, las hace heroínas; empero jeneralmente hablando ellas no meditan con madurez, y por consiguiente están sujetas á errores, parcialidades y capricho. Un hombre juicioso debe sufrir estos desvíos de la razon, sin fatigarse por destruirlos de un golpe, supuesto que su esposa jamas estará encargada de los negocios públicos. Basta que ella le ame, para que él esté seguro de que sacrificará hasta su vida por defenderle y

servirle, y que jamas lo venderá á sus enemigos.

Tienen las mujeres otros caprichos en favor de ciertos remedios, ó contra determinadas razas de hombres, ó contra tales y cuales diversiones. Mas, todo esto importa poco, con tal que no se dé á estas ideas una estension capaz de pervertir el corazon ó de alterar los principios morales y relijiosos. ¿Qué le importa á un hombre que su mujer piense que el romero es un antídoto universal contra todas las enfermedades, si cuando él ó sus hijos están malos, ella oye y ejecuta con puntualidad las prescripciones del médico? Por qué se irritará de que ella sospeche que los indios ó los negros pertenecen á una raza proscripta, si al propio tiempo la ve tratar con igual benevolencia á todos sus domésticos, sean del color que fueren? Y qué perjuicio le resulta de que su esposa prefiera los insultos títeres á las mas sublimes tragedias, si ella renuncia con gusto ambas diversiones cuando lo exigen así sus deberes?

La verdadera piedad, el patriotismo ilustrado el acierto y el buen gusto no pueden ni deben ordenarse, sino enseñarse con paciencia, constancia y buenos modos. No hai violencia mas cruel que aquella que se trata de ejercer sobre nuestra parte moral é intelectual, y el hombre imprudente que quiera por la fuerza hacer de su mujer una profunda política, ó una consumada filósofa, debe estar seguro de que ella lo engaña por temor ó por malicia, fingiendo obedecerle, y en su primera desavenencia, en el más lijero contratiempo, abandonará estos principios prestados para abrazar con nuevo ardor sus antiguas opiniones. El primer sujeto artificioso, hombre ó mujer que aparente contemporizar con sus ideas, será su Mentor y consejero, y habrá adquirido más ascendiente sobre su espíritu, que el esposo más sabio é instruido á quien ella no dejará de mirar como el tirano de su conciencia.

De todo lo dicho deduzco, que nunca debe perderse

de vista el principio de la tolerancia ; mas, repito, que esta no debe estenderse á las cosas que son conocidamente perjudiciales y que atacan la paz doméstica y los derechos de un marido. Por ejemplo, jamas es excesiva la vijilancia sobre las amistades. Una amiga perversa causa mas daños que la ignorancia mas crasa y que todos los errores políticos ; y este es un punto sobre el cual debe un marido ejercer toda su autoridad. En otra parte hablaré mas detenidamente sobre este asunto ; mas, advirtiéndolo aquí tambien que la absoluta y rigorosa incomunicacion á que quieren reducir los hombres á sus mujeres, es otro extremo que produce males igualmente funestos, sobre todo cuando el marido no es bastante amable é indulgente para hacerla olvidar con su compañía que se halla casi prisionera. De resto puede decirse que una mujer será todo lo que su marido quiera que sea, si él sabe inspirarla confianza y enseñarla á pensar y á discurrir. Mas si empieza por burlarse de sus agüeros, su mal gusto y sus errores, ella se avergonzará, y sin tomarse el trabajo de pedirle que rectifique sus ideas, se aplicará á ocultarlas, y buscando confidentes que piensen á su modo, se arraigarán más estas desacertadas opiniones.

Cuando yo he dicho mas arriba que las mujeres piensan poco en las cosas graves, y son poco susceptibles de prestar una atencion continuada á los negocios sérios, no he querido suponer con esto que no sean capaces de comprender los sanos principios, y abandonar el error para admitir la verdad. Mi intencion es hacer ver que una educacion descuidada y la natural vivacidad del sexo las conducen á errores, y que su sensibilidad no permite que se use de autoridad, para obligarlas á mudar de opiniones ; cuando, por el contrario, dóciles y amantes por naturaleza, ceden á la dulzura con increíble facilidad. Si el hombre es indulgente y tolera, si se presta á discurrir amigable-

mente con su esposa, si suprime las ironías y las bur-las que tanto hieren el amor propio, ella se corregirá sin duda, y amará cada día mas al hombre prudente que supo persuadirla, perfeccionando su razon. Ella creerá deber casi á su propia intelijencia las luces que adquirió por convencimiento, y no se avergonzará de confesar sus atiguas equivocaciones cuando vea que es un amigo y no un déspota el que se les ha hecho conocer. A todos nos lisonjea que se cuente para algo con nuestra razon y entendimiento, aun cuando sea para convencernos de que estábamos en crasos errores. Pero no conozco aun la persona que abandone con gusto y de buena fe sus opiniones, sólo porque un superior le haya dicho: “tú eres un idiota, un estúpido, y no debes pensar en esto sino aquello.” Se-mejante lenguaje ofende, porque nos hace sentir nuestra dependencia y nuestra ignorancia, y nos humilla manifestando el desprecio con que se miran nuestras opiniones y capacidad.

Esposos que deseais la paz doméstica, el amor y la confianza de vuestras mujeres, ya os repito que seais induljentes con la inesperienza y la ignorancia. Hacéos amar; porque el corazon sensible y tierno de una mujer se deja gobernar fácilmente con el cariño. Ocultad algun tanto la superioridad que os dan las convenciones sociales, y la que pueda haberos dispensado la naturaleza para elevar á vuestras compañeras, sin ultrajarlas ni ofender su delicadeza. Finalmente, persuadid, y no pretendais nunca dominar el entendimiento.

CAPITULO TERCERO.

BIEN EJEMPLO.

Los hombres solteros se creen casi siempre dispensados de ser virtuosos. Fundan su reputacion en adquirir algunos superficiales conocimientos, en ser cor-

teses y galantes, algunas ocasiones valientes, y tal vez puntuales en pagar sus deudas. Por lo demas, se inquietan poco. Con tal de que gocen de cierta aceptación de corrillo y de alguna fama por sus riquezas y por sus buenas fortunas amorosas, les es indiferente la práctica ú olvido de las virtudes. La intemperancia, el orgullo, la holgazanería, el juego, la impiedad, el desprecio de los ancianos, la insensibilidad y el más desenfrenado libertinaje, son vicios considerados por ellos como pasatiempos de mozos, como desahogos de la juventud, y como vivezas de una edad en que todo es, en su concepto, permitido y digno de aplauso, ó por lo ménos de excusa y pronto perdón. Es un *tunante*, es un *calavera*, dice riéndose un padre de familia, al mismo tiempo que refiere un rasgo atroz de perversidad en que su hijo ha hecho el principal papel. Se cuenta en una sociedad maldiciente la escandalosa seducción de alguna jóven que ha sido cubierta de ignominia, y una madre imprudente no se avergüenza de decir que esta *travesura* fué obra de su querido hijo. Así es como respetables jefes de familia y el público entero autorizan la conducta desarreglada y disoluta de nuestra loca juventud, y léjos de perseguir con el castigo, ó por lo ménos con el desprecio á estos desvergonzados é incorregibles criminales, se les prodigan aplausos y consideraciones, y un jóven no se cuenta en el número de los de *buen tono*, si no gasta la mayor parte de su vida en adquirir esta celebridad de corrillo, buscando aventuras escandalosas, y corriendo todos los caminos reprobados del vicio. Se necesita una revolucion total en las costumbres para enmendar este funesto error en que vivimos.

No me sería difícil hacer el retrato fiel de nuestra escojida sociedad, y de lo que se llama comunmente juventud lucida y de esperanzas, ni imposible dar algunos consejos útiles á los jóvenes de mi país, entre

los cuales cuento muchos que me son queridos: pero no es mi intencion hacer un tratado de moral, sino únicamente, como ya he dicho, hablar algo sobre los principales deberes de los casados.

Todo hombre, sea de la edad, estado y condicion que fuere, está obligado á ser virtuoso, y á cumplir exactamente con las obligaciones que le impone la sociedad de que es miembro. Pero, esta obligacion es más estrecha, desde el instante en que, ligándose con el vínculo del matrimonio, se hace jefe de una familia, se pone en situacion de dar á su patria herederos legitimos de su nombre y de su fortuna. Este nuevo estado le impone, entre otras, el deber de dar buenos ejemplos á su esposa y familia, y parece difícil que un joven acostumbrado á vivir sin freno ni moral, pueda mudar sus hábitos de un momento á otro. Sin embargo, entrará en materia, para que se comprendan mis ideas.

Ya he dicho más arriba las trabas que impone á un marido el respeto que debe á la compañera que eligió para pasar con ella la vida. Mas, no es solamente á estos procederes de atencion á los que está obligado, sino que de todas maneras y en todas las situaciones en que pueda encontrarse, está precisado á darle buen ejemplo, y á presentarle en su propia conducta el modelo que ella debe seguir. Manifestaré primero los efectos perniciosos de la mala conducta de un jefe de familia, ya con relacion á esta, ya con respecto á sí mismo; y despues procuraré dar una idea de las ventajas que á él le resultan de dar á todos un ejemplo virtuoso, y muy particularmente á su esposa.

Aunque es un error de los más perjudiciales el creer que las faltas ajenas autoricen las nuestras, es sin embargo demasiado jeneral, para no enumerarlo entre los inconvenientes que trae consigo la mala conducta. Cuando un padre de familia se deja arrastrar por los vicios que le dominan, hace una herida pro-

funda á la moral pública, da materia á las inagotables conversaciones de la maledicencia, corrompe á la juventud con su mal ejemplo, ultraja los respetables títulos de esposo y padre, relaja el orden que debia reinar en su casa, y finalmente, no puede ocuparse en dar una educacion arreglada y juiciosa á su familia, porque aun cuando sus lecciones sean sabias, el espectáculo de sus acciones desacertadas destruirá el efecto de sus palabras. Por consiguiente, sus hijos serán mal criados y peor inclinados, y el Estado no habrá adquirido con ellos ciudadanos útiles, sino unos seres pervertidos, propagadores de los vicios heredados de sus padres. Por otro lado, una mujer que es compadecida, jeneral y públicamente, por estar unida á un hombre indigno, se acostumbrará á mirarlo como un obstáculo que se opone á su felicidad, pensará que ella vale más, en proporcion que él vale ménos, y tal vez prestará oídos á un seductor que, con máscara de amigo, le pondera las cualidades que le adornan, compadece su desgracia, le refiere astutamente nuevos extravíos de su esposo, y hace con artificio la pintura de la diversa conducta que él observaria, si por fortuna encontrase una mujer semejante á ella. Estos discursos no son siempre perdidos. La vanidad ofusca la razon; se pasa de las quejas al odio hácia aquel que causa las penas, y de aquí á la infidelidad no hai mucha distancia. Probablemente se extravía una mujer hasta admitir el indigno pensamiento de que le es permitido faltarle una vez á su esposo que le ha faltado ciento, y al convertir el crimen en indemnizacion, se da oríjen á todos los males que trae consigo la mala conducta de los casados, y de su desorden y desunion arranca por muchas jeneraciones la paz, la reputacion y la dicha á las familias.

Mas aun suponiendo que no llegue á este doloroso extremo, es cierto que los hijos enseñados á oír ha-

blar mal de su padre, sabedores de sus desórdenes, y cómplices muchas veces de sus faltas, le pierden el respeto, hablan de él con desprecio, desdeñan las instrucciones que alguna vez intentan darles, y le abruman de pesares con su insubordinacion y atrevimiento. Y ¿habrá suerte mas digna de lástima que la de un padre que se vea vilipendiado y ultrajado por sus propios hijos? ¿Cuál será el consuelo de un hombre aflijido por una desgracia pública ó privada, si no halla en su esposa el amor, el respeto, la estimacion y la amistad que solo se obtienen por medio de las virtudes y los buenos procederes? Un disipado jugador no tiene derecho para reprender á su esposa por su poca economía doméstica, ni es soportable que un descarado libertino que continuamente descuida los sagrados deberes de jefe de familia, reconvenga agriamente á su mujer, porque gusta de espectáculos, saraos y diversiones. ¿Cómo podrá usar del freno de la religion, ni compeler á su familia á someterse á los austeros deberes del cristianismo aquel que hace profesion del ateismo más escandaloso, y que no deja pasar coyuntura en que pueda proferir alguna blasfemia ó alguna burla insulsa contra la santa religion de nuestros mayores? Y ¿podrá dar con provecho lecciones de templanza el que sin rubor se presenta delante de su familia en el vergonzoso desorden producido por la embriaguez? ¿Con qué derecho se quejará un marido de que su mujer es áspera y altanera, si con su jenio atrabilario, sus injusticias y habitual mal humor ha agriado su carácter y la ha convertido en un sér fastidiado y descontentadizo? ¿Cómo pretende encontrar la paz en su casa el que nunca se presenta en ella sino como un tigre rabioso ó un desapiadado censor? Y ¿será posible que reinen la alegría y la confianza en el triste asilo de un déspota orgulloso, á quien ofende y desagrada hasta el aire que respira? No, no; debemos persuadirnos que la me-

por y mas fructuosa instruccion se da con el ejemplo, y que los inferiores no aprenderán á marchar para adelante, mientras los superiores anden constantemente para atras.

Esposos demasiado irreflexivos, pensad que no es justo exigir la perfeccion de vuestras esposas, sin tomaros la pena de domar un poco vuestras pasiones y corregir vuestros defectos, á fin de que vosotros mismos podais ser sus guias en la senda del bien que deben seguir. Vosotros habeis sido colocados por la naturaleza en un puesto mui distinguido, en que debeis ser los apoyos y conductores de un sexo débil y tímido; y si no llenais tan respetable mision, si en vez de ilustrarlo con vuestro ejemplo, os contenteis con tiranizarlo, abusando de vuestra autoridad y dominio; preparaos á sufrir males incalculables, y á dejar por herencia á vuestros hijos lágrimas, vergüenza y deshonor.

Mas, veamos ahora el reverso del cuadro, y observemos las ventajas y felicidad que se proporciona el hombre virtuoso que ha sabido dar buen ejemplo á su familia y particularmente á su compañera. Antes de entrar en este exámen, conviene advertir que no todos los hombres que se portan mal, son aborrecidos y despreciados por sus familias; porque me consta que el buen carácter y virtudes de algunas mujeres ha evitado á los maridos el sufrir los perjuicios que merecian por sus vicios y perversidad, ni es infalible tampoco que haya de ser feliz y lograr la paz doméstica el que proceda con arreglo y cordura: pues hai, por desgracia, mujeres malvadas, que son incorregibles, á pesar de las nobles y excelentes prendas que adornan á sus esposos. No obstante, como es cierto que las escepciones no destruyen una regla jeneral, haré mis observaciones sobre las ventajas que resultan de los buenos procederes al que los practica, partiendo del principio que es considerado como el fun-

damento de la moral, á saber: “no hagas á otro lo que no quisieres que hiciesen contigo.”

Si un hombre sensato ha tenido la desgracia de unirse á una loca llena de vanidad y de caprichos, acostumbrada á todas las extravagancias del lujo y de la moda, y ansiosa de concurrir á todas las diversiones de que tiene noticia: en vez de entregarse él también á la vida disipada, aumentando así el desorden y el escándalo, logrará corregir á su esposa haciéndola observar de una manera clara, pero amistosa, el desprecio y la crítica que recae sobre la mujer que se deja ver frecuentemente en público. Fácil le es también proporcionarle alguna distraccion, alguna lectura agradable que le mantenga en su casa, y si él mismo le hace compañía con un aire festivo y amable, ella se convencerá por la experiencia de que la propia casa no es una mansion insufrible. Con este método he visto corregida más de una jóven holgazana y disipada. No debe inferirse de aquí que yo aconsejo á un hombre que viva encerrado en su casa, cuidando del arreglo interior como una ama de gobierno; pues sé demasiado que sus ocupaciones son diversas, y que los deberes de padre de familia y de ciudadano lo llaman fuera y le prescriben una vida activa que lo separa frecuentemente del asilo doméstico. Pero desearía que un hombre prudente, diese, hasta donde sea posible, este ejemplo de retiro y de gusto por su casa, sobre todo en los primeros dias de su matrimonio: tanto porque es la época de cortar de raíz muchos males y de entablar cierto orden, usando del ascendiente que le da el amor, como porque, ejecutadas las primeras lecciones, se marcha después sin pena. Las mujeres se avienen fácilmente á vivir retiradas, con tal que no estén muy viciadas á la disipacion, ó que algun motivo grave no les haga odiosa su casa y les precise á huir de ella.

De resto, no temo decir francamente mi pensamien-

to. Miéntras los negocios no llamen á un hombre fuera de su casa, debe permanecer en ella, no riñendo y oprimiendo á su familia, sino instruyéndola con bondad, procurándole placeres inocentes, y gozando él mismo del recreo dulce y honroso de una sociedad de familia en que reinen la alegría y la verdadera confianza que él mismo habrá sabido inspirar.

Para contener el lujo y los gastos supérfluos con que una mujer arruina á su marido, este dará el ejemplo de la moderacion en sus vestidos y muebles, y cuidará de conducirla algunas veces á presenciar la horrible y aflictiva miseria que abrumba la clase más numerosa de la sociedad, cuyo espectáculo será una leccion provechosa, porque las mujeres por lo comun son compasivas y sensibles. Correjirá la inclinacion á la maledicencia, haciendo siempre el elojio de la virtud contraria, y no siendo jamas el portador de anécdotas escandalosas con que se manchan tan frecuentemente los oidos de una jóven, acostumbrándola así á esa crueldad encarnizada contra la reputacion ajena, que por desgracia es tan comun entre los hombres, y tan del gusto de las mujeres mal educadas. En fin, no hai virtud de que un hombre no pueda dar ejemplo, y no hai ejemplo mas fácil de seguir que el que se recibe de una persona amada y respetada. Se sabe que, fuera de muy pocas escepciones, las mujeres son dóciles, y gustan de pensar como sus maridos. Ellos son sus oráculos, y las ideas y opiniones que manifiestan son jeneralmente recibidas con deferencia por sus compañeras, quienes casi nunca se toman el trabajo de examinar á fondo sus razones. Por consiguiente, á los maridos les es fácil encaminarlas al bien, y convertir en ventaja comun esta ciega complacencia que les da un ascendiente tan seguro y ordinariamente tan mal empleado.

Cuando un hombre ha logrado correjir los defectos de su esposa, ¡cuánta felicidad le espèra en sus pa-

eficaces hogares! El buen orden, la paz, la confianza y la alegría reinarán en su casa. Sus hijos serán obedientes y amantes, porque observarán que sus padres siempre en buena inteligencia proceden de acuerdo en todo. Sus criados serán más sumisos y arreglados, porque no tendrán vicios que echar en rostro á sus amos. Su esposa será fiel, vigilante y cariñosa, porque no abriga resentimientos y quejas en el fondo de su corazón, y porque sabe que sus buenas acciones serán notadas y recompensadas con honor y buenos procederes. Sus amigos lo serán con sinceridad, porque sus relaciones no estarán fundadas en la complicidad de los desórdenes, ni en la necia prodigalidad, ni en la criminal esperanza de seducir á una esposa aburrída y á unas hijas mal educadas, aprovechando para esto de la discordia de los jefes de familia. En fin, será más respetado en la sociedad entera: porque habrá contribuido á mejorarla, y logrados estos resultados, importan muy poco las bur-las de los perversos.

CAPITULO CUARTO.

DE LA LIBERALIDAD.

De intento he omitido hablar de la obligación que tiene un hombre de dar la subsistencia á su mujer y á sus hijos, mientras llegan á estar estos en situación de proveer á ella por sí mismos; porque este deber es tan conocido é imperioso, que ninguno puede dispensarse de él voluntariamente, sin hacerse digno del más justo castigo, que es el desprecio público y el desafecto de su familia. Se entiende desde luego, que no hablo aquí de un caso extraordinario como una proscripción ó una grave enfermedad que ponga á un hombre en imposibilidad de cumplir con estos deberes. Las escepciones no deben mudar nunca una regla jeneral.

El hombre que se resuelve á casarse sabe que tiene la obligacion de vestir y alimentar á su familia de una manera correspondiente á su fortuna y al rango que ocupa en la sociedad, y por consiguiente debe consultar mucho sus fuerzas, ántes de tomar una carga que acaso podrá parecerle demasiadamente pesada.

Por otra parte, no es regular que quiera esponer á una persona amada al horrible chasco de unir su suerte por toda la vida á la de un mendido ó un holgazan. Suponiendo, pues, que un hombre ántes de casarse habrá meditado maduramente sobre las obligaciones de esposo y jefe de familia, á las cuales no podrá faltar sin pasar por un loco ó un vil impostor, y que habrá pasado y calculado sobre los medios de subsistencia con que puede contar, voi á tratar únicamente de la liberalidad. Creo que el ejercicio de esta virtud es un deber del marido hácia su mujer, y le he enumerado entre los principales, porque una série continuada de observaciones me ha convencido de que los dos defectos extremos de este medio [la prodigalidad y la avaricia] enajenan el afecto que la mujer debe á su esposo y son la causa real ó el pretesto de mil quejas, desórdenes y aun de faltas gravísimas.—Me explicaré. El hombre que, relativamente á sus bienes de fortuna, es avaro y ruin con su esposa, da lugar á que esta haga comparaciones que la persuaden ó la inclinan á creer que es mas feliz la suerte de otras mujeres cuyos esposos se hallen en circunstancias iguales ó inferiores al suyo. Esta idea puede hacer jerminalar en su corazon la semilla de la vil envidia, y despertando la codicia, presenta un nuevo flanco á la astuta seduccion. Las mujeres tal vez por un efecto de educacion, aman los adornos, las galas, los dijes y mil frivolidades, cuyo abuso es perjudicialísimo, y que ciertamente no constituyen ninguna de las primeras necesidades de la vida. Mas, dejándolas carecer absolutamente de aquellas cosas, que aunque

no estrictamente necesarias, podian poseerlas de una manera modesta y conforme á sus comodidades, se abre el campo á la tentacion, y todos sabemos por una multitud de tristes ejemplos, que la virtud, debil é irreflexiva, se ha vendido muchas veces al oro.

Se me objetará probablemente, y no sin apariencia de razon, que en este caso jamas está un hombre seguro de conservar fiel y contenta á su mujer, que puede haber siempre un seductor más rico que el marido, y que siendo la vanidad un defecto que, como todos los otros, crece á medida que se le da gusto, es imposible poner limites á las exigencias y caprichosos deseos de una mujer, ni fijarlos á la imprudente liberalidad de un marido. Yo replico tres cosas á esta especiosa objecion. La 1.^a que no hablo sino de liberalidad relativa á los hombres y fortuna de los individuos y al lugar que ocupan en la sociedad, y que son raras las mujeres que no conocen y pesan esta relacion desde las clases más elevadas hasta las humildes carboneras, sobre lo cual me refiero á la observancia y exámen que cada una puede hacer. La 2.^a, que en el capítulo anterior manifesté ya el modo cómo un marido puede contener con su buen ejemplo y sus amistosas advertencias á una mujer dispuesta á abusar. La 3.^a, que en el capítulo 5.^o de la segunda parte haré ver los deberes de economía y moderacion que están impuestos á una casada. Si reuniendo los principios diseminados en aquellos capítulos y en todo este ensayo, hai algun marido que finja no entenderme, aseguro desde ahora que se maneja mezquinamente en su casa; y si alguna mujer aparenta creer que yo le aconsejo que contente sin tino ni medida sus vanas y pueriles fantasías, la juzgo demasiado viciada, y le ruego encarecidamente que lea con atencion la segunda parte de esta obra. Ahora vuelvo á mi asunto.

Cuando una mujer nota que su marido le da con

escasez su vestido y alimentos, y que no hai proporcion entre las comodidades que le hace gozar y la fortuna que posee, se inclina á pensar con alguna justicia, que él tiene fuera de su casa obligaciones reservadas que llenar; y este pensamiento despierta la desconfianza y los celos; ó bien supone que él mantiene vicios, lo cual la avergüenza y entristece; ó que se deja estafar por pretendidos amigos y esto le inspira enojo y aun desprecio. De cualquiera de estos sentimientos pueden orijinarse gradualmente el fastidio, la antipatía y el odio. Si la mujer nota que su marido es un avaro que gusta de atesorar dinero, privándose en la vida de las comodidades que pudiera disfrutar, lo mira como un sér degradado é insensible, y jamas podrá concederle su estimacion y respeto. Léjos de esto, llegará tal vez, si no es mui honrada y timorata, hasta el extremo culpable de desear el fin de su esposo, para gozar libremente de sus bienes, y en este caso el avaro es responsable hasta cierto punto de aquel deseo criminal que hizo nacer con su indigna conducta. Puede suceder tambien que la mujer intente y consiga sustraer con maña una parte del tesoro, para ocurrir á los gastos precisos, caso que no carece de muchos ejemplos, y entónces es tambien el marido culpable de aquella accion villana é indebida, que obligó á ejecutar en fuerza de su estremada ruindad. Mas, supongamos que nada de lo dicho suceda, y que la esposa que sufre escaseces, á causa de que su marido es mezquino, se contente con salir reservadamente á solicitar suplementos para proveer á los gastos de la mantension de su familia. Los depositarios de las quejas de esta mujer, los sabedores de sus necesidades, no tienen el mismo interes que ella en callar; el secreto traspira, y entonces ¿cuál es la reputacion que adquiere en el público el esposo miserable? Un defecto tan ruin y bajo ¿no inspirará por todas partes el más completo menosprecio?

Si la mujer no le pide á nadie, y limita sus gastos á lo muy poco que se le da, ¿cuántos afanes, privaciones y penas tiene que sufrir por ella y por sus hijos! y ¿evitará el marido que todos observen su conducta, que la censuren, y que la crítica llegue á oídos de sus propios hijos? Y ¿será justo que la familia sufra mil miserias cuando hai los medios para remediarlas? Y por último, ¿cuál es el fruto de la avaricia y de la mezquindad? Vive el hombre en perpetuas inquietudes, no goza de ningun bien, ni le llorará su familia el dia que deje de existir.

Si por el contrario, da un hombre en el extremo de la prodigalidad, corrompe la moralidad de los suyos, es la presa de los estafadores y holgazanes, y deja al fin á sus hijos sumidos en la miseria, despues de haber vivido esclavo de la fachenda que es inseparable compañera de la prodigalidad. Es evidente que ningun caudal, por cuantioso que sea, baste al pródigo, y no es difícil adivinar que quien gasta más de lo que gana, se arruinará bien pronto. Llegado este caso, no hai medio; ó se vive en una estrechez tanto mas amarga, cuanto que no se estaba acostumbrado á ella, ó se contraen deudas y se petardea para mantener á costa ajena un brillo que no da ya la propia fortuna. En el primer caso se espone á oír ágrrias reconvenciones de sa esposa que le reprenderá la dilapidacion de su fortuna, ó á ver sufrir á su familia mil penas y privaciones; y puede ser que si se convierte en deudor y tramposo, sea despreciado por su mujer y mirado con aversion y desconfianza por todo el mundo. No es fuera del caso observar que las esposas de los fachendosos y botarates son ordinariamente infelices, y que se ven á su pesar esclavas de esta vana ostentacion de que los parásitos recojen los frutos, mientras ellas solo logran las espinas. Por último, son infinitos los riesgos á que se espone su tranquilidad domestica, y muchos los desórdenes que ocasionan con su

deseabellada é imprudente conducta.

El hombre liberal es generalmente estimado; su mujer se complace con lo que le da porque sabe que no le cereena nada de lo que lejítimamente le corresponde, y satisfecha con lo que posee, ni envidiará la fortuna ajena, ni mirará con desprecio la propia. He dicho lo que lejítimamente le corresponde, porque tengo el convencimiento de que es un derecho de la esposa gozar de las comodidades y bienestar, que son análogos á la fortuna y rango de su esposo.

La vida de una mujer está llena de mortificaciones y trabajos; requiere mucha exactitud, paciencia y vigilancia en el manejo doméstico; son muy penosos los deberes de madre; muy severas y delicadas las obligaciones de esposa, y demasiado desagradable la direccion de criados. Todos estos ramos le imponen una tremenda responsabilidad de que no puede ni debe prescindir jamas. Una mujer, pues, que no está ocupada de los negocios públicos, y que no debe frecuentar los espectáculos y las diversiones, necesita alguna compensacion, y su esposo debe procurársela, tratándola siempre con cariño y consideracion, y no dejándola carecer de ninguna de las comodidades que *razonablemente* pueda desear, y que él esté en *situacion* de proporcionarle, sin incurrir en la censura de las jentes sensatas, y en extremos temerarios é imprudentes. De esta suerte, una mujer juiciosa encontrará grata la mansion de su casa, amará más á su esposo y se libertará de la burla de muchas personas, y de la ofensiva commiseracion de otras. La liberalidad de su marido le inspirará confianza para manifestarle sus necesidades y deseos, y si él rehusa complacerla por algun motivo, ella se conformará fácilmente con una negativa, que sabe no ha procedido de una vergonzosa mezquindad.

Un hombre no debe esperar que su mujer le manifieste una por una y con un detalle minucioso todas

sus necesidades, porque esto es penoso para una persona delicada. Él no ignora que su mujer necesita siempre ropas interiores, vestidos exteriores, y alguna vez tambien un traje algo mas decente y ciertos adornos para concurrir á alguna funcion pública ó á una reunion notable de familia; y hará mui mal, si para dar estas cosas espera que la interesada se las pida. Todo esto se hace más apreciable cuando se recibe sin haberlo solicitado. Un pequeño obsequio voluntario, en que se manifieste cariño, es mil veces más grato á los ojos de una mujer juiciosa y sensible, que el mas rico traje conseguido á fuerza de instancias é importunidades. Muchas veces he visto que el regalo de una manzana ó de un cartucho de dulces hecho con franqueza y amabilidad ha disipado un disgusto que estaba pronto á estallar de una manera ruidosa. Las mujeres se parecen á los niños en la facilidad con que dejan aplacar sus sentimientos, y nada las desarma tan pronto, como ver en sus esposos un carácter franco y obsequioso con ellas. Estas pequeñeces influyen más de lo que se piensa, en la felicidad de la vida privada. No es el valor de un regalo lo que agrada á una mujer, es la certeza de que, al destinárselo, se pensó en ella y se tuvo intencion de complacerla. Puede decirse en jeneral que las mujeres perdonan con facilidad las ofensas graves: pero casi nunca se conforman con el olvido, que para ellas es hijo del desprecio. Así es que un marido puede estar seguro de la induljencia de su mujer, como le manifieste constantemente estos recuerdos obligantes, que tanto cautivan el corazón sensible. Con ellos le muestra que no le ha olvidado, y esta idea siempre es dulce y lisonjera para una esposa tierna y amante.

Mas, continuemos el exámen de un deber al cual le he dado tanta importancia. Cuando se tienen hijos, no debe esperar un hombre que su mujer le indique siempre cuanto ellos necesitan. Ya he dicho que

el pedir es trabajoso, sobre todo cuando se sabe que la persona á quien pedimos ha sufrido las mismas necesidades que tratamos de remediar; porque en este caso no puede alegar la ignorancia como excusa de su descuido y desidia. Dejará de comprar una zaraza, una cinta ú otra cosa semejante, porque no supo el color conveniente, ó porque dudó si su gusto sobre estos objetos sería del agrado de aquellos á quienes los destinaba. Mas, ¿qué podrá alegar para no dar camisas á sus hijos? Supuesto que él ha pasado por la infancia, fácil le será recordar las cosas indispensables que entónces le daban; y si es que tuvo la desgracia de carecer de ellas, sabe ya por experiencia propia que es muy penosa esta privacion. Por otra parte, la cualidad de padre debe darle prevision, y es bochornoso para un hombre que sus hijos no hayan recibido de sus manos, sino aquello que su madre solicitó.

Una esposa mal vestida, unos hijos sucios y tristes en cuyos semblantes se trasluce la necesidad, unos criados hambrientos y una despensa desprovista (si estos males no nacen de los defectos de la mujer, de que hablare despues) dan mala idea del jefe de la familia, y anuncian un hombre indolente, siempre que él posea los medios para remediarlo todo. El aire de escasez en tales circunstancias no inspira piedad sino desprecio. Mas, cuando la familia manifiesta que vive en la abundancia de las cosas necesarias, y que su padre solícito y cuidadoso provee á todo lo preciso en una proporcion relativa á sus medios, se siente naturalmente el respeto y la estimacion que nos inspira este nombre, y se contempla con placer al padre de familia en toda la dignidad de su estado.

Por último, yo creo que un hombre ruin y mezquino hace el tormento de su familia y de sí misma: que quien da de mala gana no tiene derecho á la gratitud del que recibe; y que la liberalidad es una de la ba-

ses en que estriba la armonía que debe reinar entre los casados, porque está íntimamente ligada con la confianza que debe tener un hombre con su esposa. Este será el asunto del siguiente capítulo.

CAPÍTULO QUINTO.

DE LA CONFIANZA Y AMABILIDAD, O SI SE
QUIERE DE LOS BUENOS MODOS.

Cuando un hombre se casa, debe considerar á su mujer como una parte de sí mismo, porque así lo exige la naturaleza de esta union, así se lo manda la religion, esto inspira el corazon y esto le aconseja su propio interes. Es justo, pues, que la que va á ser compañera de toda su vida, sea tambien su amiga, su consoladora, y su apoyo y consejero en mil diversas circunstancias. Debe asociarle á sus negocios, partir con ella sus placeres y sus penas, comunicarle sus proyectos y contar con su beneplácito para todo aquello que está relacionado con el órden doméstico y la felicidad de la familia.

No conozco mujer ninguna que no sea capaz de abrazar con celo, fidelidad y constancia los intereses de su marido, y siendo esto así, del hombre depende hacer de ella una amiga útil, activa y vijilante. Cuando un hombre proyecta abrazar tal ó cual partido, emprender esta ó aquella especulacion, asociarse á cierto establecimiento, dar tal jiro á sus negocios ó tal educacion á sus hijos, ¿por qué no ha de confiar y discutir estos puntos con la única persona que estará siempre interesada en su felicidad?

Por otra parte, las mujeres jeneralmente hablando, tienen una imaginacion viva, un corazon sensible y una perspicacia fina, y estas cualidades suplen muchas veces por la instruccion y la esperiencia, y las ponen en aptitud de dar un consejo útil y de descubrir á la primera ojeada en los negocios, ventajas ó inconvenien-

tes que muchas veces se escapan á los hombres, á pesar de su reflexiva prudencia. ¡Cuántas veces se ha visto que el parecer repentino de una mujer ha salvado de su ruina á una ciudad, de la muerte á su esposo, y de la proscripcion á un pueblo entero! Hai casos en que las inspiraciones del corazon tienen mejor éxito que las meditaciones de la cabeza mejor organizada. En las circunstancias difíciles una mujer no desmaya jamás: encuentra recursos donde el hombre no los hallaba: discurre arbitrios para burlar á un enemigo: usa con una admirable paciencia de los pequeños medios que su esposo desdeñaría: es vijilante, activa, tierna, y arrostra con frecuencia hasta la misma muerte por servir á aquel que posee su amor. ¿Y será justo ó prudente despreciar la opinion de un sér dotado de tan bellas cualidades? Se me dirá que estas no se desarrollan sino en los casos de catástrofes públicas, y que solo en las épocas de terror y proscripciones se encuentra la heroicidad entre las mujeres. Yo respondo sin vacilar que esta observacion es inexacta y aun injusta. En las grandes calamidades políticas y en las pequeñas desgracias particulares las mujeres gustan de ejercitar su paciencia, de prodigar oficiosos cuidados, y de sufrir por los objetos queridos, porque en esto se halla el triunfo del amor, y el corazon de una mujer es todo sensibilidad, ternura, consagracion y entusiasmo. Por otra parte, el amor propio obra tambien de una manera poderosa; porque nada lisonjea tanto á una mujer como verse asociada á los negocios de su esposo, saber que este solicita su aprobacion, conocer que su opinion se aprecia, y sentir que el amor le da ascendiente sobre las resoluciones que toma un sér respetado, en quien ella reconoce superioridad física y moral. Ademas de esto, como ningun hombre puede contar con certeza con que jamas será envuelto en los trastornos políticos, es bueno y justo que desde temprano se acostun-

bre á contar por algo la capacidad de su esposa, y á buscar la aprobacion de aquella dulce compañera que, en caso de una desgracia imprevista, será su consuelo, su consejo, y tal vez su salvador. Tambien podrá objetarse para combatir esta confianza [que yo llamo indispensable] que muchas han traicionado á sus esposos, y aun tal vez han abreviado el curso de sus dias, á fin de libertarse de un yugo que les parecia mui pesado, ó para satisfacer alguna pasion criminal. En respuesta, no haré sino decir que las escepciones no destruyen una regla jeneral; que no son muchas sino pocas las mujeres que se arrojan á tamaños excesos; y añado, sin temor de equivocarme, que aun en los matrimonios desavenidos, se observa que la mujer toma siempre el partido de su esposo, cuando hai una persecucion, un peligro ó una simple crítica contra él, y que de la conducta que este observe desde el dia de su matrimonio, depende ordinariamente el grado de consagracion y celo que le dedique su esposa. Lo repito con una íntima conviccion: cuanto mayor sea el mérito del marido, tanto más lisonjeará su confianza á su mujer.

No pretendo por esto establecer como principio, que un hombre deba conceder á su compañera una confianza absoluta é ilimitada, ni que siga siempre los consejos que ella le dé. Tales ideas serían absurdas, y su admision con esta latitud causaría perjuicios irremediales.

La posicion del hombre en la sociedad, sus deberes hácia el Estado, y su participacion de los negocios públicos, le ponen en el caso de tener mil secretos que nunca deben confiarse á una mujer; porque su imprevision y credulidad podrian ponerla en peligro de revelarlos, y los perversos le tenderían mil lazos embarazosos para arrancarle confianzas importantes, que podrian comprometer la salud de la patria. La vanidad, por ejemplo, sería un escollo en que podría

estrellarse fácilmente toda la reserva y discrecion femenina. No sucede lo mismo con los secretos y negocios personales de un hombre; porque están intimamente relacionados con ella misma, y aquí la vanidad se interesa mas bien en callarlos, al paso que el amor ordena no descubrirlos.

Mas, los asuntos de grande trascendencia deben estar fuera del alcance del comun de las mujeres; porque su carácter, su educacion y sus hábitos no las hacen á propósito para participar de aquellos negocios en que estriba la prosperidad ó la ruina de las naciones. Por otra parte ¿qué pierden ellas con esta exclusion? Los manejos de la política, tan ponderada en este siglo, no son ciertamente mui honrosos al corazon humano. Los séres amantes y sensibles deben felicitarse porque no participan de los secretos de los gobiernos, porque estos, como dice Raynal, han nacido de los vicios de la sociedad, y este es un vergonzoso oríjen. Si, mujeres sensibles y compasivas, renunciad sin pena la satisfaccion que pudiera causaros alguna vez al contribuir al poco bien que los gobiernos hacen á los pueblos, por tal de no ser frecuentemente cómplices de los rigores con que los esclavizan, y de la maldad atroz con que los engañan y oprimen.

Tampoco opino que el parecer de una mujer deba seguirse ciegamente en todos los casos, porque jamas he creido que, segun el órden natural de las cosas, pudiese ser infalible ningun individuo de la especie humana. Al hombre toca oír las opiniones y consejos de su esposa, meditarlos, comparar sus resultados posibles y adoptarlos ó rechazarlos, segun los encuentre útiles ó nocivos. Discutiendo amigablemente con ella sobre sus propias opiniones, la enseña á examinar con calma sus ideas, y á someter su exaltada imaginacion á las determinaciones reflexivas de la prudencia.

Conozco muchos maridos que entran en especula-

ciones arriesgadas, sin haberse dignado decir á sus esposas cual es el jiro que han dado á un caudal que á veces es solamente el dote ó la herencia de estas. Y ¿será justo ni prudente desoir el parecer de una esposa, en asunto en que ella y sus hijos participarán por mitad, á lo ménos, de los riesgos y pérdidas? Por otra parte, ningun mortal tiene seguro tal número de dias, y no parece conveniente ni honrado que haya colocado sus intereses sin participacion y noticia de su mujer, esponiéndola á quedar en la miseria el dia que fallezca, y ofreciendo á los malvados una ocasion de engrosar impunemente su caudal con los bienes del huérfano y la viuda. ¡Cuántas familias que pasaban por opulentas, se ven sumerjidas en la más espantosa pobreza pocos años despues de la muerte de su jefe! Esto se atribuye por lo comun á la impericia y despilfarro de la viuda, y mas bien debería culparse la desconfianza y desprecio del marido, que jamas quiso instruirla de sus negocios, ni ponerla al corriente de sus proyectos y especulaciones, dejando así un caos en sus intereses, que serán luego saqueados por viles y avaros albaceas y por cuantos perversos pueden injerirse en ellos.

No es ménos peligrosa la reserva con relacion á los hijos. Si no hai acuerdo y armonía en este importante punto, se orijinan rencillas y disputas que relajan la sociedad conyugal, desmoralizan la familia, y causan la ruina de estos hijos que habrían sido felices, si sus padres hubieran estado unidos.

Se acostumbra ordinariamente resolver, desde que un niño está en la cuna, el estudio que debe comprender y la profesion que ha de abrazar, sin consultar para nada con las dotes de la naturaleza, y sin saber si tendrá capacidad para aquello á que quiere dedicársele. De aquí resulta que hormiguean en la sociedad tantos charlatanes con el nombre de médicos, tantos abogados sin probidad ni conciencia, tantos

militares cobardes, tantos sacerdotes ignorantes y viciosos. Hablo solo de estas cuatro carreras; porque son aquellas á que regularmente se destina á los hombres de alguna comodidad, sin pensar jamas en las ciencias exactas, ni en las artes liberales y mecánicas, como si un ingeniero, un pintor, un músico, un maquinista y un agricultor no pudieran ser, en sus respectivas profesiones, tan célebres y útiles como cualquiera otro de los que se distinguen en el foro, el sacerdocio, la medicina ó la milicia. Pero, por desgracia parece que, entre nosotros, todas las familias que aspiran á distinguirse, desdeñan cuanto no es una de estas cuatro carreras. Para educar con provecho á un niño, y darle un establecimiento conveniente, es necesario observarlo desde la más tierna infancia, estudiar su carácter, notar sus inclinaciones, medir su capacidad, y ayudar al desarrollo de sus facultades físicas y morales, dándoles una direccion análoga á sus talentos y fortunas, segun lo pida el caso y las circunstancias en que se hallen sus padres. Y ¿quién más á propósito que una madre para hacer estas observaciones y este minucioso estudio que debe contribuir un dia al bienestar de su hijo? ¿Por qué, pues, ha de tenerse en tan poco el voto de una mujer que está interesada, lo mismo que su esposo, en la prosperidad de su familia?

Otro tanto digo respecto á todos los ramos de la felicidad doméstica y del buen orden de una casa. Si el marido tiene confianza en su compañera, si gusta de discurrir con ella, si toma en consideracion sus opiniones y aprecia su aprobacion, los dos procederán de acuerdo, habrá armonía en sus resoluciones, á las cuales presidirá la razon y no el capricho, y nadie en la familia se creará con derecho para desobedecer ó burlarse de órdenes que no van marcadas con el odioso sello de la discordia. Por el contrario, cuando los casados se acostumbran á vivir en perpetua contra-

dición, cuando precisamente desaprueba el uno lo que dispone el otro, se introduce la desmoralización en la casa, se insubordina la familia, y se pierde el prestigio sagrado de la autoridad paternal. Las murmuraciones se hacen frecuentes, y tal vez nacen las quejas, la calumnia y el espionaje de la esperanza de encontrar en uno de los consortes un apoyo, cuando se hable contra el otro.

Creo haber dicho lo bastante para manifestar que un hombre debe dispensar á su mujer una confianza honrosa, siempre que ella sea digna de merecerla; y ahora hablaré de los modos con que esto debe hacerse, porque los malos modos hacen perder con frecuencia el mérito de las mejores acciones.

Los hombres son inclinados al despotismo, y usan con frecuencia el lenguaje de superioridad y de mando. Este tono altanero que emplean de ordinario en su casa, resfría la franqueza, y da origen al temor. Si cuando un marido consulta á su mujer sobre un negocio, empieza por manifestar su opinion, como la única razonable y justa; ¿qué añadirá ella á esta orgullosa manifestacion? Si él no dice su parecer, pero rechaza desde luego sin exámen ni razon el de su esposa, calificáudolo con tono áspero y brutal de absurdo y ridículo, ¿cómo se atreverá ella á añadir ni una sola palabra para sostener ó aclarar su opinion? El amor propio herido la llenará de despecho, y si tiene mal jenio, se sentirá dispuesta á desaprobador por su parte las ideas de un amo que solo sabe mandar, y que por ser hombre se juzga infalible, siempre que habla con una mujer. Se necesitan, pues, buenos modos, amabilidad y moderacion. Solo así se afianza la autoridad, así es que se adquiere un ascendiente irresistible. Con las mujeres no hai arma más poderosa que la dulzura. Ellas ceden sin dificultad á las insinuaciones del esposo, que se hizo amar y se sabe bien que el amor no se puede exigir, sino que se obtie-

ne. Casi todas las mujeres conocen y confiesan la superioridad de sus maridos, y tienen por ellos una deferencia respetuosa; pero son pocas, y mui pocas las que pueden tolerar sin enfado que ellos las hagan sentir soberana y despóticamente esta superioridad.

¡ Oh esposos! manejad con dulzura á vuestras compañeras; oid sus opiniones que alguna vez pueden seros útiles; tened confianza en ellas; contad por algo sus talentos, su delicadeza y su amor; no humilleis con vuestra altanería á unos séres débiles y tiernos que se complacen en amaros, y que Dios ha puesto bajo vuestra proteccion y amparo. Por último, no olvidéis jamas que un sabio ha dicho que, sin la mujer, la infancia y la vejez del hombre carecerían de cuidados, y su juventud de placeres.

CAPITULO SEXTO.

DE LA INSTRUCCION Y CELO PRECEDENTE.

¡ Cuántas personas se burlarán de mí, al ver que enumero entre los deberes de un marido, instruir y cejar á su mujer! Empero, que se me preste un poco de atencion y paciencia, y me explicaré. Mas, ante todas cosas vuelvo á advertir que no siendo por la mayor parte sino opiniones mias las que se hallan consignadas en este escrito, es bien probable que no estén libres de errores y equivocaciones.—No pretendo, pues, darlas como regla infalible. Se supondrá tal vez (como parece natural), que la mujer que se casa está ya adornada de la instruccion y conocimientos que se requieren para hacerla digna de ocupar un lugar entre las madres de familia; pero entre nosotros, por lo ménos, esta idea es comunmente un error. Mil veces he visto mujeres que han llegado á ser esposas y madres, sin que se haya acabado de darles la educacion de la niñez. Saben, á lo más, hacer parte de sus vestidos, bordar al tambor y en blanco, bailar,

un poco de música, conversar frivolidades, leer y escribir mal, y acaso hacer alguna cosa de cocina. Salen de la estrecha vigilancia maternal á gozar de una indebida libertad, sin haber aprendido á pensar, á discurrir, á respetar á sí mismas. Nada se les ha dicho sobre los sagrados deberes de esposas y de directoras de familia; nada saben de las obligaciones maternales, ni se les ha explicado el nuevo y delicado papel que van á desempeñar á la faz de la sociedad entera, ni la grave responsabilidad que pesa sobre su alma desde el instante en que una ceremonia respetable las hizo perpetuas compañeras de un hombre á quien juran fidelidad y subordinacion. La vanidad y el placer ocupan casi esclusivamente estas cabezas vacias y estos corazones tiernos y móviles. Siendo aplicables lo que acabo de decir á un gran número de jóvenes casadas, ¿por qué ha de estrañarse que yo crea que un hombre prudente y deseoso de su felicidad tiene el deber de instruir y celar á su esposa? Sí, aquel que ame razonablemente á su escojida, debe aprovechar los primeros dias de amor, ascendiente y complacencia, para inspirarle en ellos juicio y reflexion, aplicacion y modestia.

No se suponga por esto que yo creo á las jóvenes, desprovistas del juicio y modestia de que se habla ordinariamente entre ellas, y que son cualidades análogas á la educacion que han recibido. Hablo de aquel juicio que se somete sin murmurar á la prudencia ajena, que doma los caprichos y refrena la imaginacion, que sacrifica, sin pesar, los placeres al deber, y los deseos á la razon; de aquella modestia severa que conviene á una casada, y que no solo aparta las malas acciones, sino hasta las más lijeras apariencias de ellas; de aquella modestia que le prohíbe los espectáculos públicos, cuando su marido no la acompaña, y que debe moderar sus sociedades, sus vestidos, sus gustos, sus lecturas y sus conversacio-

nes.

Un hombre de bien debe ocupar los primeros dias de su matrimonio en esta obra preferente y sagrada. Él debe preparar insensiblemente esta respetable trasformacion, inspirar á su mujer el gusto por los libros útiles, por las ocupaciones domésticas, por las recreaciones privadas que habrán de sustituir el teatro, los bailes y los paseos públicos. Le importa desarrollar la intelijencia y la memoria de su esposa, enseñándola el modo de usar de estas nobles facultades, sin peligro ni fatiga. ¿Qué placer puede ser más dulce que el de instruir á una persona amada? Esta debería ser, en los momentos de ocio, la más grata complacencia de un hombre sensible. Hacer sentir á su jóven esposa la dignidad de su sér, la importancia de sus funciones, el honor de su nombre, las ventajas de su respetable posicion; descubrirle los tesoros de su entendimiento, inspirarle entusiasmo por sus deberes, acalorar su amor á la virtud, elevarla sobre sí misma para amarla y respetarla mas profundamente. Hé aquí la obra digna de un hombre honrado. Y ¿qué perderá ocupándose de semejante tarea? Nada, y ántes bien su ganancia es cierta. Habrá quitado algunos instantes á sus insustanciales diversiones; pero habrá formado un corazon que siempre debe pertenecerle, y de esta suerte se procura una dulce sociedad, dentro de los muros de su casa, estrecha los nudos del amor, por medio de la gratitud y el convencimiento, y prepara á sus hijos una madre prudente, instruida y amable.

¿De cuántas maneras puede un hombre variar la instruccion de su esposa! Y ¿cuántas indemnizaciones de su pena le proporcionará el fruto de su trabajo! No es como un pedante catedrático que debe enseñarla, sino con suavidad y por medio de conversaciones francas y amistosas. No quiero que la cause y la aterre con lecturas y consejos de severos mora-

listas, ni que para distraerla, corrompa su corazón con la frecuente lectura de novelas y comedias que podrán arrojarla en la espinosa carrera literaria, ó en los errores de un exajerado romanticismo, cosas tan pel g rosas y tan e ntrarias al pacífico destino de una mujer. El amor, que todo lo embellece, ha de presidir á sus lecciones; el placer y la variedad debén sazónarla. No debe establecerse un curso de enseñanzas severo, metódico é invariable; porque la virtud, que es su principal objeto, no se enseña como las ciencias. El más leve incidente, la palabra más insignificante, la acción más indiferente pueden dar materia para una lección útil, ó para una conversacion instructiva é interesante. Las preocupaciones, hijas de una mala educacion, el carácter jeneral de la especie humana, el instinto admirable de los animales que nos dan el ejemplo de tantas virtudes, los acontecimientos de la sociedad en que vive, las necesidades del hombre, la miseria del pueblo, la hermosura de la virtud, las ridiculeces de la moda, la sublimidad del cristianismo y la magnificencia de la naturaleza ofrecen, entre otros muchos, varios asuntos bellos é interesantes que pueden tomarse alternativamente, sin afectacion, sin fatiga, sin ostentar una intolerable pedagogia. Mas, ¿ para qué detenerme tanto sobre este asunto? Toda la naturaleza es el libro en que se debe estudiar. Cada una de sus páginas es brillante, elocuente y persuasiva. ¿ Desgraciado de aquel que, fingiendo no comprenderme, se confiese incapaz de leer en este libro inmortal! En él se hallan trazados todos los deberes del hombre, y el lenguaje de su autor es sublime, pero claro é intelijible para quien quiera estudiarlo de buena fe. Sus inspiraciones producen siempre el bien, la verdad y la dicha posible durante la vida, al paso que la mayor parte de las obras meditadas y ostentosas de los hombres, enseñan mil errores y nos sumerjen en un caos de du-

das, contradicciones é infortunios. Mas vuelvo á mi asunto.

Los primeros dias del matrimonio se pasan ordinariamente en visitas insignificantes, conversaciones frívolas y diversiones pueriles ó perjudiciales. Cada uno de los esposos tiene su círculo aparte, nunca se habla del empleo de las horas que han pasado separados. Se ven para acariciarse un instante, y se dejan luego por mil objetos que no están ni remotamente relacionados con su felicidad. Y ¿qué hará este esposo imprevisivo y aturdido, cuando el tiempo y la posesion hayan destruido los encantos que tenia á sus ojos la linda máquina á quien unió su suerte? Se retirará más y más de ella; serán ménos frecuentes sus caricias; la considerará acaso como un obstáculo que le estorba los goces de una libertad absoluta, y poco á poco se habituará á mirar con aversion un objeto que buscó para gozar placeres sensuales, y que ya no puede procurárselos tan vivos como se los pinta su estraviada imaginacion. Entónces nace el deseo de las indemnizaciones, por medio de sociedades, amigos, dilapidacion y vicios. Y ¿á cuántos desórdenes puede conducirle el deseo de proporcionarse nuevos goces?

Jamas me cansaré de repetirlo: los hombres deben formar el espíritu de sus mujeres, para que se conviertan en dulces compañeras de una vida entera, las que, segun el uso del mundo, habrían sido solamente el encanto fugaz de unos dias de embriaguez, y el ídolo momentáneo de un corazon apasionado y lleno de ilusiones.

Mas, ya es tiempo de que yo manifieste lo que opino con respecto á este celo, de que tanto se lamentan las mujeres, y cuyos rigores les parecen insoportables.

¡Oh esposas! permitidme deciros que debeis ser celadas. Y vosotros maridos, que deseais la paz doméstica, dejad que os aconseje una vijilancia pater-

nal en que estriba vuestra dicha y tranquilidad. Sí, es preciso decirlo: las mujeres necesitan del celo de sus maridos, pero no de aquel celo o'e s'vo y ultrajante con que mortifican los necios, y que muchas veces es hijo de la aversion con que se mira á una esposa infeliz á quien se desea atormentar, ó del testimonio de una conciencia severa que no cesa de gritar en el fondo del corazon del hombre, que él no merece el amor y el respeto de una compañera. El celo de que hablo, es hijo y no enemigo del amor; debe estar fundado en el aprecio que se hace de una prenda preciosa que se desea conservar siempre; debe ocultarse bajo el velo de la ternura y la delicadeza, sin dejarlo estallar con intempestivos furores; ha de multiplicarse para abrazar todos los casos y circunstancias en que pueda encontrarse una mujer. Así es como obran las madres amantes de sus hijas, hasta el dia mismo en que poniéndolas bajo la proteccion de un esposo, se descansan en él de su inmensa responsabilidad.

Y ¿por qué ha de descuidarse hoy lo que ayer se juzgaba tan indispensable? Yo no lo comprendo. Solamente un hombre que desprecie á su esposa, podrá mirarla con indiferencia, entregada á la disipacion, y cultivando sociedades peligrosas que tarde ó temprano pervertirán su corazon. Una mujer que se ve siempre sola, se acostumbra á no tener sino su propio juicio por regla de sus acciones. El mal se hace despacio; empero siempre se hace. Hoy se oye una conversacion que nadie se habría permitido, en presencia de un marido virtuoso; mañana se toma parte en ella; al siguiente dia se tolera una proposicion atrevida, y despues se desea, ó se consiente una accion culpable. ¡Cuántas veces he observado que una mujer que está festiva y contenta en una reunion que parecia inocente, se turba, se inmuta y varía de tono y modales, casi maquinalmente, cuando se presenta

su esposo! ¿Y esto de qué proviene? O bien de que él no ha sabido inspirar amor y confianza á su mujer, ó de que ella siente interiormente que lo que se trataba no podrá ser aprobado por su marido, ni es conforme á la modestia de una casada, ó porque las maneras y tono jeneral de aquella reunion no se encierran siempre en los límites de una estrecha decencia. Sería más conveniente que los esposos se presentásen en público juntos, cuantas veces lo permitan sus circunstancias. Se me replicará que esto no es buen tono. Y ¿qué importa eso, si se trata de la felicidad? ¿Qué es por lo jeneral el buen tono del mundo, sino un convenio tácito de la sociedad para obrar mal, dando un brillo superficial y vano á todas las acciones desacertadas ó culpables que en ellas se ejecutan? ¿Por qué no ha de ejercer un hombre cauto su previsiva vijilancia sobre todos los pasos, palabras y relaciones de su mujer? ¿Por qué no han de considerarse su celo y cuidados como una continuacion de los que prodigaba una madre prudente y tierna á una hija jóven é inesperata? ¿No es una muchacha por su propia naturaleza débil, sensible, crédula y apasionada? Necesario es, pues, dirigir al bien estas disposiciones. ¿Cuántas veces una mirada afectuosa, un elogio delicado, una atención oportuna de un marido han atraído con reconocimiento el corazon de una esposa que empezaba á vacilar! ¿Cuántos libertinos descabellados han mirado con respeto á la compañera de un hombre de bien que sabe ser amante y atento con ella! ¿Cuántos peligros, cuántos lazos y cuántas infamias destruye la sola presencia de un marido respetable! ¿Hombres imprudentes! pensad más en vuestros intereses. Miétras dormís confiados en el juicio y virtud de vuestras esposas, el crimen y la seduccion velan para arrebatáros su amor! Nadie sabe mejor que vosotros, que yo tengo razon. ¡Ah! ¡cuán pocos serán los casados que en nuestra corrompida socie-

dad no hayan hecho en su juventud el indigno ensayo de la seducción de la esposa ajena! Perdonad si he dicho esta terrible y funesta verdad; tal vez es del número de aquellas que deberían callarse; acaso os renniréis todos para negarla. A pesar de mi profundo convencimiento, no pretendo sostener mi asercion. Prefiero que se me acuse de lijereza al triste triunfo de presentar mis pruebas. Mas, sea como fuere, aceptad los avisos de quien desea ardientemente vuestra dicha. No abandonéis á vuestras compañeras, ni las espongaís á ser víctimas de un contagio moral que tal vez vosotros mismos habeis contribuido á propagar. ¿Con qué derecho os quejareis despues de aquellas faltas que nacieron de vuestro criminal abandono? Lo repito, celad vuestro tesoro, guardad vuestras esposas sin humillarlas ni envilecerlas. El amor mas lejítimo será la causa, el apoyo y la excusa de vuestra conducta. No es preciso poner espías tras de una mujer, basta hallarse con frecuencia en la sociedad á que ella concurre: no es fuerza prohibirle todas las diversiones públicas á donde alguna vez habrá de conducir á sus hijas (cuando convertida por los años y el conocimiento del mundo en matrona experimentada, no necesite ya la vijilancia ajena, y tenga que emplear la suya en guardar su tesoro) será suficiente acompañarla siempre, y hacer al mismo tiempo por aficionarla á goces ménos ruidosos y más circunscritos al círculo doméstico. No es preciso arrancarla con violencia á la sociedad del gran mundo; pero es conveniente hacerle preferir la de su esposo, y tener valor para decirle que ella será más estimable, cuanto más contraiada esté á su casa y familia. No es forzoso aislarla y quitarle todas sus amigas, pues esto traeria incalculables males; pero es justo manifestarle que tal ó cual persona es indigna de su afecto. En una palabra, yo aconsejo el uso prudente del celo paternal, y no el abuso exasperante de los celos. Ja-

más deberá un hombre poner un rostro severo cuando su mujer está alegre y complacida en medio de una reunion decente; pues con esto aparecería como un árgos importuno y la obligaría á desear su ausencia. Antes bien, se deben partir sus goces y satisfacciones, acostumbrarla á no ocultar sus placeres al autor de su dicha doméstica, y si algo se nota en ella que pueda desagradar, esperar el momento en que la diversion haya cesado para decírselo con ternura y bondad, sin dejarla el fatigoso cuidado de adivinar cual fué la accion, el jesto ó la palabra que le ha traído el severo mirar de su señor.

No creo que sea necesario manifestar la utilidad que resulta á un matrimonio de esta conducta franca y de esta paternal vijilancia; ni pienso que las mujeres despues de haber leído todo lo anterior, tengan motivo justo para quejarse de que las trato con rigor. Supongo desde luego que aquellas que aman á sus maridos tendrán un placer verdadero en ver que estos no prefieren otras compañías á la suya. Creo que todas se complacerían en prolongar por muchos años las preferencias y atenciones de los primeros meses del casamiento, y que se alegrarían mucho si pudieran ser testigos y participantes de las diversiones de sus esposos. Sucede con frecuencia que estos son austeros é intolerantes en presencia de sus mujeres, y se entregan á todos los extremos de la alegría y buen humor, si ellas están ausentes. Esta es una inconsecuencia que irrita con razon, y las mujeres tienen el discernimiento necesario por descubrir que la severidad de sus esposos no nace de amor y estimacion, ni de respeto por su decoro, sino del deseo de alejarlas, porque no podian divertirse á sus anchas en su compañía. Cualquiera puede calcular que esta observacion es en desventaja de la paz conyugal.

Creo que he dicho bastante para hacerme entender. Se encuentran muchas repeticiones en esta obra, pe-

ro ellas nacen del asunto. El amor, el respeto y la estimacion forman esta larga cadena de deberes, que como nacidos del mismo oríjen, están á cada paso relacionados y confundidos entre sí.

Mas hé aquí el resúmen de todo lo dicho. Esposos, respetad á vuestras mujeres, para que el público las respete; tolerad sus defectos, para que ellas os toleren; dadles buen ejemplo para lograr su estimacion y adquirir el derecho de corrección; sed liberales, para merecer su gratitud; tratadlas con amabilidad y confianza, para inspirarles amor y sinceridad; instruiddas, para que os sean útiles y siempre amables; celadlas, para libertarlas de los peligros; garantizar su inocencia, evitad pecados y corregid á la sociedad entera. Esto talvez bastaría para asegurar vuestra dicha posible en este mundo como esposos y padres.

¡Oh padres de familia! sed los amigos, los apoyos, los respetables modelos de vuestras esposas. No rebajeis vuestra dignidad á fuerza de creeros superiores á cuanto Dios ha criado. Las mujeres son de vuestra misma naturaleza, y aunque inferiores á vosotros en ciertas cualidades que son peculiares al hombre, os igualan en otras, y os exceden en sensibilidad, paciencia, dulzura, docilidad y otras prendas. Dios os las dió por compañeras, y no por esclavas. Serán madres de vuestros hijos y consoladoras de vuestra ancianidad. Estos dos títulos, aunque fuesen los únicos, son demasiado respetables y sagrados. Sí, hombres altivos con vuestras prerogativas, pensad que os es más ventajoso amar á vuestras esposas, que tiranizarlas, y que ellas merecen una suerte más feliz que aquella que ordinariamente les procurais.



SEGUNDA PARTE.

DE LOS DEBERES DE LA ESPOSA CON SU ESPOSO.

INTRODUCCION.

Al principiar esta parte de mi obra, siento que me he propuesto una tarea superior á mis fuerzas. No obstante, la buena intencion con que escribo me dará aliento para continuar. Voi á dirigirme á las mujeres, á esta infortunada é interesante mitad del jénero humano, y aunque mi trabajo no tiene otro objeto sino mejorar su suerte, temo que ya estén prevenidas contra mí por lo que se acaba de leer.

He aconsejado á los maridos que no las pierdan de vista, que las retiren de los frecuentes espectáculos públicos, que estrechen el círculo de sus placeres y diversiones, que no contenten ciegamente sus dispendiosas fantasías. ¿ No es todo esto más que suficiente para haber producido impresiones desfavorables contra mi libro? Sí, y las primeras impresiones de la cabeza de una mujer son casi siempre fuertes y profundas, y hacen algo difíciles la discusion y el convencimiento. Mas ¿ por qué he de desconfiar del éxito de un trabajo emprendido en su mayor parte por amor á las mujeres? Sí, esposas y madres de familia, el deseo de vuestra felicidad es el que guia mi pluma. Yo os he visto jemir por todas partes. Virtuosas ó culpables, siempre me habeis parecido esclavas; los vicios de vuestros maridos y vuestras propias faltas refluyen igualmente sobre vosotras de una manera dolorosa. Me acusareis tal vez de que trato de quitaros las pocas indemnizaciones de vuestras amarguras domésticas y de despertar sobre vosotras un celo cruel. No, no es esta mi intencion. Quiero, es verdad, arrancaros á esos peligrosos pasatiempos que dan armas contra vosotras, y os pierden; pero es restituyéndoos el amor de vuestros maridos, la íntima confianza, los encantos de una pacífi-

ca vida doméstica. Quiero que por convencimiento renunciéis á los frívolos goces del corto período de la juventud, para que logréis rodearos de una felicidad más durable, para que conozcais y apreciéis el respetable lugar en que os colocó la Providencia, para que seáis autoras de esta revolucion moral que debe hacer mirar el matrimonio como un seguro puerto y no como un temible naufragio. Uníos todas para vindicar este nudo sagrado, y que en adelante los libertinos de todos estados, edades y condiciones no puedan decir ya con una sonrisa mofadora: “aquel jóven está perdido, porque ya se casó.”

Voi á hablaros ahora de los deberes de las esposas. Me lisonjeo con que podré contar con la aprobacion de la parte más pensadora y respetable del sexo; mas no dudo que algunas jóvenes vanas y altivas, al oirme recapitular estos deberes, esclamarán con desden: “ya lo sabíamos.” Sí, sabian estos nombres, pero jamas se habian tomado la pena de examinar su significado, ni habian pensado en la multitud de deberes que les imponen la fidelidad, la ilimitada confianza, la dulzura y la condescendencia, la economía y el orden, el asco, la paciencia y la obediencia. Estas son las principales cualidades, las virtudes que deben cultivar de preferencia cuando sean esposas. Yo haré un esfuerzo para desenvolver mis ideas sobre esta importante materia, y trataré de manifestar la utilidad que reportaría la sociedad entera, y en especial las mujeres, de que ellas desempeñarán con puntualidad estas sagradas obligaciones. No dudo que mis amables conciudadanas aprobarán mi intencion, aun cuando les parezca mal ejecutado mi trabajo. Sé que las palabras *honor, decoro y virtud* suenan agradablemente en los oídos de todas, y que ninguna se atreverá á condenar como malo en el fondo un libro destinado á difundir principios honestos y máximas virtuosas, porque estaba reservado única-

mente á algunos individuos del sexo fuerte y dominador el triste privilegio de reirse á la faz del universo entero de lo más respetable y sagrado, y de poner en duda y discusion la existencia de Dios, la utilidad de la virtud y el alma de las mujeres.... ¡Ah! estos descarriados de una imaginacion viciada no los han hecho ni más sabios, ni más felices. A vosotras toca, esposas respetables, llenar el vacío que han dejado en sus almas estos criminales delirios. Hacéos amar y estimar de los hombres, regad flores sobre su camino, alegrad su juventud, consolad su vejez, y obligadlos á confesar que vuestra dulzura y fidelidad, vuestro recato y moderacion valen más que todos sus presuntuosos desvaríos. Que publiquen por todas partes que las virtudes de sus compañeras son los dulces é inagotables manantiales de una felicidad que en vano buscarían fuera de la vida privada y de las afecciones de familia.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA FIDELIDAD.

Aunque voi á tratar de la fidelidad en una parte de mi obra destinada especialmente á las mujeres, no se infiera de aquí que juzgo á los hombres dispensados de cumplir con un deber tan sagrado. Léjos de esto, me consta que su criminal indiferencia sobre este punto, es frecuentemente el oríjen de los desórdenes, escándalos y calamidades que rodean los matrimonios. Mas ya he dicho en la introduccion á la primera parte de este ensayo que el buen juicio de los lectores hará las aplicaciones que omito por no repetirme demasiado, y por no hacer tan difusa mi obra. Por otra parte, nadie podrá negar que la infidelidad de una mujer es de una trascendencia infinitamente mayor y de mui funestos resultados; y por consiguiente la atencion de la esposa es la que debe llamarse

con empeño hácia una virtud en que estriba su felicidad conyugal, su reputacion, su tranquilidad interior, el honor y moralidad de las familias y [me atrevo á decirlo en el siglo de las *luces*] la dicha eterna de su alma inmortal.

Puede asegurarse, hablando con jeneralidad, que hasta el dia en que una mujer se casa, se ha creído únicamente destinada á agradar; ha desplegado sin embarazo y como de su deber mil pequeñas coqueterías, cuyo objeto es llamar la atencion de los jóvenes, y que no le producen otro fruto, sino el vano placer de recojer de paso algunas galanterías insulsas y exageradas que los hombres prodigan por hábito á todas las mujeres, y que á pesar de ser tan comunes, deleitan el oido delicado de aquellas bellezas insaciabiles de elojios y de vanas y precarias adoraciones. Tantos dias, semanas, meses y aun años de esta pueril y perniciosa ocupacion deben producir una costumbre inveterada, y es difícil comprender cómo la simple ceremonia de una bendicion nupcial pueda producir instantáneamente juicio y reflexiones serias en aquellas cabezas vacías y acostumbradas por sus propias madres á no tener sino una idea fija, la de agradar y ser aplaudidas. A pesar del respeto debido al tremendo sacramento, no es fácil concebir cómo sea que pueda obrarse por su medio una mudanza tan rápida, y desarraigar en tan breves instantes este dulce hábito de lucir hasta los más pequeños atractivos. Lo repito, me parece algo difícil esta mágica transmutacion. Al contrario, yo he observado que esta especie de coquetería se hace una segunda naturaleza que triunfa de la razon y de los años, y no deja de ser comun el ridículo espectáculo de una madre rivalizando á sus hijas en adornos y modas.

Así es que una niña recién casada piensa poco en sus augustos deberes, y se complace mucho enumerando las visitas que hará y las diversiones á que con-

currirá, llevando por consiguiente consigo á sus hermanas ó amigas solteras; porque luego que se casa, aunque solo tenga quince años, ya se le confían los cuidados de madre de familia, como si fuera una matrona de grande esperiencia y acreditado juicio. Recibe el primer convite de baile, y se ocupa de sus preparativos con tanto ardor y tezon, como en los tiempos en que lejítimamente podia aspirar á una conquista. Va á la funcion, y si su esposo se retira, el primero que la saca á bailar es uno de sus antiguos apasionados. Todos los jóvenes la cercan, le dirijen falaces cumplimientos sobre su actual felicidad, y cada uno de estos adónis suelta una espresion, dirige una mirada, exhala un suspiro, tributa un homenaje que no serán perdidos; porque algun dia figurarán en la lista de méritos y de rasgos apasionados que cada uno alegará para pretender una preferencia criminal. Jamas fué tan asiduo el enjambre de los adoradores, como cuando empieza á presentarse en público sin su esposo una jóven recién casada. En un baile, en el teatro, en el paseo, se ponen como al descuido las piedras que han de servir de cimiento al edificio de la seduccion; allí se forjan los primeros eslabones de esta ignominiosa cadena; porque en medio de los ruidosos placeres, del concurso y la disipacion está el ánimo mejor dispuesto para recibir las mortíferas semillas del vicio. Entónces se siembra y cosechará cuando traspiren en el público las primeras desavenencias domésticas, ó cuando el esposo atolondrado haga á sus pretendidos amigos la indigna confidencia de su aburrimento y saciedad. La incauta jóven se sonrie al oír los indirectos requiebros, despues se ruboriza, despues se turba y se conmueve al verse tan amada, y este instante de enternecimiento y confusion es el del triunfo del seductor insolente y del escándalo de toda la sociedad. Es cierto que los primeros golpes de la maledicencia he-

lan de espanto á una jóven que no conoce todavía el mal que ha hecho; pero pronto se enseña su oído á los sarcasmos; su pasion la ciega y le hace encontrar excusas á su conducta; el seductor redobla sus promesas, ahoga el remordimiento, exalta su felicidad, y la víctima bebe con placer el néctar emponzoñado. Cuando ya cansado y ocupado de otra intriga la deja el vil engañador, ya su corazon está pervertido, y piensa sin rubor en hacer otra nueva conquista. Así se enlazan, así se continúan los desórdenes durante la juventud, y cuando llega la tímida ancianidad, una devocion afectada y las más minuciosas prácticas relijiosas mezcladas con una severidad mordaz hácia la jente moza, son el refujio y el consuelo de aquellas esposas infortunadas. ¡Oh lectores! no os irriteis contra mí, ni digais que calumnio la sociedad. Catorce años de observacion, de preguntas, de investigaciones no me permiten dudar de la existencia de este horrible contagio. Tengo datos poderosos, testigos irrecusables, ejemplos tremendos, y guardo en mi corazon amargas verdades, que bien podria revelar; pero aquí repito lo que dije mas arriba, ¡renuncio la triste ventaja de presentar mis pruebas! ¡ojalá que cada uno de mis lectores se encuentre muy diverso del cuadro que he trazado! ¡ojalá que cada una de las casadas que lo lea, pueda decir con frente serena: “¡yo soi la escepcion de esta regla!” ¡Feliz y mil veces feliz la sociedad en que este escrito no tenga aplicacion.

Pero vuelvo á mi asunto: una jóven casada que encuentra placer en oír las galanterias de los hombres, ó que las tolera con indiferencia; que sufre siempre á su lado un sumiso adorador; que se presenta en público con otro que no sea su marido ó su hermano, ó algun sujeto que esté fuera del alcance de las sospechas; que admite convites, de los cuales está escludido su marido; que con cualquier pretesto

mantiene correspondencia con un hombre; que frecuenta las reuniones en que puede atraer sobre sí las miradas de la juventud del otro sexo; esta esposa digo, se halla en un peligro evidente de faltar á la fidelidad conyugal, y con su conducta desacertada y loca da armas á las personas maldicientes para que ataquen su reputacion y logren hacerla sospechosa.

Ningun motivo puede autorizar á una casada para que reciba obsequios, regalos y servicios de otro hombre que no sea su marido. Sí, ningun motivo, ni aun el abandono absoluto de este. ¿Acaso nos es permitido indemnizarnos de las penas que nos causan los delitos ajenos, haciéndonos á nuestro turno criminales? No; la venganza más noble que puede tomarse de un marido infiel y perverso es oponer á sus malos procederés una conducta siempre immaculada. Cuanto más públicos y notables son los extravíos de un hombre, más resalta la virtud y pureza de su mujer. Estas cualidades de las buenas esposas no son virtudes oscuras, como lo pretenden algunas personas preocupadas ó mal intencionadas. No; la mujer honrada obtiene el respeto y amor de su familia, de sus amigos, del círculo social en que es conocida, y nada puede ser tan lisonjero para un corazón sensible como esta aprobacion jeneral, este respeto que le tributa hasta el mismo que la oprime, este dulce concierto de alabanzas que está en consonancia con la voz pacífica de su conciencia.

Y ¿á qué otra cosa puede aspirar una mujer si no cifra su gloria en obtener la estimacion y respeto del público, el amor y obediencia de su familia y la calma interior de su espíritu? ¿Solicitará el nombre de guerrera y la fama de invicta en los combates? Pero esta fama se compra con los peligros y las fatigas á que no la hacen propia su delicadeza y los achaques de su sexo; se adquiere la gloria de las armas, deramando la sangre humana, lo cual es repugnante

para una alma sensible y compasiva, y el brillo de una mujer militar rarísima vez llega á igualar al de los nombres de los caudillos famosos que alternativamente han libertado ó esclavizado al jénero humano.

¿Deseará hacerse célebre por el imperio de la belleza y los triunfos del amor? ¿Imperio efímero mas corto que la vida de las flores! ¿Triunfos estériles en que se lisonjea la vanidad á espensas de la virtud! ¿Glorias de un dia comparadas con la tranquilidad de la conciencia, vosotras no mereceis fijar los votos de una persona honesta y jenerosa!

¿Ambicionará, pues, la gloria literaria? ¿Oh mujeres! no os dejéis arrebatat por el brillo de esta auréola divina, que jamas rodeará vuestra frente de un modo satisfactorio. Lucireis como un meteoro, y probablemente á costa de vuestra reputacion. Los hombres miran como su patrimonio el templo de Minerva, y si entraís en él, os castigarán cruelmente esta usurpacion. Os quieren ilustradas, pero no literatas. La mujer que se ocupa en escribir libros, dicen ellos, deja presumir que descuida sus diarios, minuciosos y sagrados deberes, y se la censura con rigor, porque intento salir de su esfera. Si sus obras son esencialmente útiles y bellas, se insinúa con arte que no hizo sino el oficio de amanuense, y se nombra públicamente el hombre que, con razon ó sin ella, se supone que trabajó en la redaccion de estas obras, queriendo darlas alguna singularidad con un nombre femenino. Así es que las flores que habeis cultivado para formar vuestra corona de autor adornarán tal vez una cabeza despreciada ó aborrecida. ¿Y es esto lo que pretendéis? ¿Qué locura!

Mas tal vez os atrae la tortuosa senda de la política y, estraviadas por las adulaciones irónicas de vuestros tertulios, pensais de buena fe que dais impulso á los negocios del Estado, que podeis dirigir las operaciones del gobierno y estar al corriente de los se-

cretos del gabinete. Este es otro error. Las mujeres no imperan en política. Fuera de muy pocas excepciones, puede decirse que todas las demas que han tenido parte en los grandes acontecimientos nacionales, no han sido sino las móviles máquinas que han puesto en juego los hombres de Estado. Ellas no gozan de una gloria pura; sus nombres están siempre empañados con dudas humillantes sobre las causas que las hicieron obrar; su papel es de ordinario muy subalterno, y si alcanzan un lugar en las páginas de la historia, es para pasar á la posteridad como intrigantes astutas, y para inmortalizar, no sus nombres, sino el recuerdo de las relaciones amorosas que las hicieron instrumento de los proyectos de un rei, de un embajador ó de un ministro. ¡Bajo qué tristes auspicios se llega así á los oídos de la posteridad! Valdría más estar completamente olvidadas. No; amables compañeras de los guerreros, de los sabios y de los políticos, vosotras nacisteis con muy diverso destino. Ser esposas fieles y madres vigilantes, ser el apoyo del débil, el consuelo del infeliz, las institutoras del jénero humano, ¿qué más gloria, qué mayores derechos podeis apetecer para granjearos el amor de vuestros contemporáneos y la admiracion de las jeneraciones futuras? Dejad á los hombres sin pena su ambicion, sus triunfos y sus aplausos. Vuestro campo es más corto, pero sus productos son más útiles y más duraderos. Que ellos oigan las canciones de gloria con que se festejan sus hazañas guerreras, que se regocijen y envanezcan con los falaces elogios que les predigan sus rivales en la carrera literaria; que aspiren el humo de los inciensos quemados á sus plantas por serviles y hambrientos cortesanos, mientras vosotras escuchéis el sincero cántico de alabanzas que entona en vuestro honor la jeneracion virtuosa que habeis formado, y os deleitais con el perfume que exhalan vuestras pacíficas y modestas virtudes.

Y ¿cómo lograreis esta satisfaccion? Siendo fieles á vuestros esposos, siendo castas y puras como la inocencia. Cuando vuestra conciencia no os reprenda nada, fácilmente se consolarán vuestros pesares, y hallareis en vuestros corazones tesoros de felicidad que podreis distribuir con vuestros esposos y familia y con la sociedad entera, sin que jamas se agoten.

Mas ¿cuán diversa será la suerte de una mujer en el caso contrario! En efecto, ¿qué cosa más triste y escandalosa que el cuadro de una familia manchada por los extravíos de una mujer infiel? Un esposo desconfiado y severo, de cuya boca salen como un torrente las injurias, los baldones, los dieterios; criados insubordinados y altivos; hijos mal educados, sobre cuyo oríjen existen amargas sospechas, y en quienes no puede ejercer la madre el dominio que da la virtud; amigos verdaderos que compadecen, falsos amigos que vilipendian; el temor de toda la sociedad que desprecia, y por último, la esposa humillada hasta el polvo, y en cuya presencia no se puede elojiar la virtud ni zaherir el vicio, sin traspasarle el corazon, ó tal vez (lo que es todavía peor) una esposa endurecida en el crimen, que levanta sin rubor una frente atrevida, marcada con el desprecio de los hombres y la reprobacion del Eterno. . . . ; Ah! que se me permita cubrir con un denso velo esta pintura de dolor y vergüenza. ¿Quién es el que ignora las consecuencias funestas producidas por los extravíos de una esposa culpable? ¿Cuál de ellas es la que no ha sufrido pesares profundos ocasionados por su locura? Y ¿cuál es la que no ha oido alguna vez la voz de su conciencia que condenaba su conducta y le recordaba el horror con que se ha mirado la infidelidad de una esposa en todo el universo, desde las corrompidas capitales de Europa, hasta el fondo de los desiertos en que habitan los salvajes de América?

Mujeres infortunadas que habeis ultrajado la fe

conyugal, volved á la senda del honor, ó mas bien á la del arrepentimiento; pues que la mancha que os echasteis es indeleble. Que vuestra conducta futura encubra este borron tremendo; que un manejo irreprochable os reconcilie con vuestros maridos y os reconquiste la estimacion del público; que las lágrimas de vuestro arrepentimiento sean el bálsamo que cure las heridas que habeis causado al compañero de vuestro destino. Nunca es tarde para empezar á obrar bien, pero si la demora es voluntaria, recordad que un solo momento de dudas puede hacer infructuosa una buena resolucion. La vida es un bien prestado, y ¿querriais perderlo sin haberos reconciliado con Dios y con vosotras mismas? ¿Os parecerá indiferente la memoria de la conducta pasada en aquel terrible momento en que el mundo aparece desencantado ante unos ojos que columbran ya los umbrales de la eternidad? No atendais, esposas extraviadas á las burlas que los libertinos dirigirán contra este escrito, ni os lisonjeen las protestas de vuestros adoradores. Ellos os desprecian en el fondo de su corazon, y no querrian por nada del mundo tener por esposa una mujer que se os pareciese. ¡Oh! yo espero, criaturas infelices, que si este libro llega á vuestras manos, no lo habreis leído sin fruto. ¿Cómo es posible que una mujer resista á la voz de su razon, al grito de su conciencia, al llamamiento de su Dios, y á los enérgicos pero suaves impulsos del deber? El alma de una mujer (ya lo he repetido varias veces) es toda ternura, docilidad, paciencia y sumision; y yo espero que esta alma noble y sensible no rechazará los avisos de quien escribe sin otro móvil que el deseo de la felicidad de la parte más preciosa é infeliz del jénero humano.

En cuanto á vosotras, esposas castas y virtuosas, que seguís marchando por el camino del deber, yo os felicito. Conservad esta pureza de corazon, que os

hace tan respetables, y que debe consolaros de las penas de la vida, y enseñad á vuestros hijos á respetar la esposa ajena y á vuestras hijas á imitaros. Y vosotras, jóvenes solteras, que aun no os habeis tomado la pena de pensar en los deberes que impone el matrimonio, no olvidéis que ninguno es tan severo, tan sagrado é indispensable como la fidelidad. Ni un pensamiento, ni una palabra, ni una mirada debe empañar la pureza de vuestras almas. Si os ligais á un hombre por toda la vida, desde este instante no debe haber sino este solo hombre para vuestro corazón. Solo para él debeis guardar vuestra ternura; solo por él debeis cuidar de vuestra belleza y adorno; solamente sus labios deben pronunciar palabras de amor á vuestros oídos: pues si escuchais á otros, es de presumir que vuestra virtud vacila, y dais con este hecho el primer paso en el camino del mal, y dado este primer paso ¿quién se lisonjeará de poder detener la rápida carrera que conduce al abismo del crimen? Por último, recordad todas las que sois y las que aspirais á ser esposas, que la mujer que falta á la fidelidad conyugal oscurece todas sus virtudes y casi las inutiliza, porque el soplo pestífero del deshonor todo lo marchita y empaña, al paso que una esposa casta y fiel se hace perdonar fácilmente sus demas faltas y defectos, y cubre su nombre con un velo de virtud que la mano misma de la maledicencia no se atreverá á romper jamas.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LA CONFIANZA LIMITADA.

Este capítulo no es, bajo muchas relaciones, sino una continuacion del anterior; porque la confianza absoluta de que voi á tratar, tiene por objeto principal evitar los lazos de la seducción y la infidelidad que es su fatal resultado.

Cuando un jóven atrevido espera que una mujer esté sola para decirle ciertas cosas, y muda de conversacion al aproximarse el marido de esta, por indiferentes que hayan parecido sus palabras, deja conocer que tiene algun motivo para reservarlas á quien no puede ni debe permitir misterios entre un extraño y su esposa. Entónces esta se encuentra obligada por su deber y por su interes personal á referir á su marido cuanto se le ha dicho, porque él es el único juez competente de la conveniencia ó inconveniencia de los discursos que se le han hecho á su esposa en su ausencia. Él puede penetrar miras secretas que no están al alcance de una mujer honesta. ¡Cuántas veces ha sucedido que una revelacion oportuna desbarató la trama urdida por un astuto seductor! Pero, tambien es frecuente que las mujeres, cuya vanidad se lisonjea tan fácilmente, guarden silencio sobre estas conversaciones, con el frívolo pretexto de no inquietar á sus esposos con una relacion extemporánea de insignificantes galanterías. Mas todo significa mucho, cuando está conexionado con la paz doméstica y el honor de la familia. Otras veces se juzga que todo puede oirse de boca del que se presenta como amigo de la casa, y que sería un necio el marido que desconfiase de este sujeto á quien tanto distingue. Bajo un título sagrado se le admite á todas horas, se le hace sabedor de todos los disgustos caseros que momentáneamente han podido alterar la paz, y se tiene por necesaria su compañía en todas las diversiones, y su aprobacion para todos los negocios. Nadie ignora los funestos resultados que produce, por lo comun, esta necia y culpable intimidad. ¿Podrá llamarse amigo aquel que aprovecha los momentos de desavenencia para endulzar el oido de una mujer quejosa de su marido con todas las exajeraciones de la ternura y la lisonja? ¿Merecerá este nombre el insensato que, con pretesto de hacer justicia á la belle-

za, fomenta los gustos dispendiosos de una esposa, y la anima á apurar los recursos del arte, para realzar los atractivos? ¿Será amigo de un marido aquel que promueve la discordia, despierta los celos, favorece los caprichos y emplea los ardides de la galantería, para pervertir un corazón que no podrá pertenecerle sin crimen, ni remordimientos? No; mujeres crédulas é incautas, desconfiad de estos sensibles consejeros que siempre os están compadeciendo, y que finjen un celo pérfido por los intereses de vuestros maridos. Ellos son los mortales enemigos de vuestro honor y tranquilidad, y tanto más terribles, cuanto que conocen el lado débil por donde podreis ser atacadas, y pueden espiar y aprovechar el momento oportuno. No pretendo decir con esto que todos los amigos sean traidores; ni hai tampoco caracteres muy marcados para distinguir la sinceridad de la perfidia. Pero para lograr este conocimiento, y entregarse á la dulce confianza de haber hallado un verdadero amigo, necesita una mujer del auxilio y de la perspicacia y experiencia de su esposo, y en jeneral puede decirse que, exceptuando al esposo, no le conviene á una mujer amigo íntimo del otro sexo. Esta clase de relaciones, aun cuando no dejeneren en culpables, son siempre extravagantes.

Desde el momento en que una mujer le reserva á su marido una conversacion sospechosa, desde que ella consiente en no denunciar una declaracion indirecta de amor, una galantería secreta, un obsequio que se hizo bajo el nombre de alguna amiga *oficiosa*, desde el instante mismo en que hai algun misterio que el esposo ignora, y que es conocido por un extraño, este se cree con derecho á mirar á la mujer con poco respeto, cuenta ya con el éxito de sus maquinaciones, y se complace de haber obtenido el triunfo. Si la mujer, alarmada por algun paso más decisivo, trata de volver atras y seguir por la senda del deber,

el astuto libertino la persuade que ya es tarde, porque pretende haber leído en su corazón la correspondencia de su afecto; le describe con calor hechos y circunstancias que ella creyó inocentes, y que él llama decisivas; la intimida con los furiosos del marido á quien supone ya sospechoso y ofendido por las reservas anteriores, la conmueve con el cuadro de su propia desesperacion, que podrá *arrastrarlo al suicidio*; entibia su amor á sus deberes, pintándoselos opresivos, oscuros é inferiores á su mérito; resfria su cariño hácia su esposo, cuyas faltas reales ó supuestas sabe encarecer con destreza, y la precisa á pensar que no le queda otro recurso, sino la eleccion entre el desprecio y malos tratamientos de un hombre indigno de ella y resentido, y las *eternas adoraciones* de un amante fiel y entusiasta. Todo cede á estas consideraciones multiplicadas de mil maneras, y aquella infeliz cuyo corazón estaba aun inocente, cuya voluntad no habia pecado, y que solo creia entregarse á una inclinacion lejitima, envuelta por todas partes en estas redes pérfidas, se arroja por desesperacion en los brazos de un seductor infame, rompe los dulces vínculos que la hacian venturosa, echa una indeleble mancha sobre su reputacion, se prepara un porvenir de angustias y tormentos, y cubre con el afrentoso velo de una vergüenza imponente la frente respetable del padre de sus hijos de aquel á quien juró á la faz de Dios y de los hombres, amor, respeto é inviolable fidelidad. Y ¿qué le queda en indemnizacion de tantos males causados por su imprudente reserva? Nada más sino la triste alternativa entre la desesperacion y el arrepentimiento, porque jamas convendremos en que sea un medio de consuelo empeñarse más y más en la senda reprobada é infame que conduce del deshonor á la perdicion eterna. Su seductor la desprecia y pronto la abandona, y el público se mofa y tal vez goza de sus dolores y humillacion. ¡Plu-

guiese al cielo que no hubiera tantos orijinales de este espantoso cuadro! ¡Ah! permita á lo ménos el Eterno que las lágrimas del arrepentimiento no se derramen infructuosamente y que sirvan de espiacion de tantos culpables errores!!!

Mas, todas estas penas se evitan, si una mujer es franca é injenua y dispensa á su marido una ilimitada confianza. Si él es el único confidente y si ella deposita en su pecho todos sus temores, sus deseos y sus esperanzas, su alma quedará tranquila y, por decirlo así, se habrá descargado sobre ella responsabilidad de su conducta. ¿Y quién tiene más derecho que un marido para saber todos los secretos de su mujer? Él es su protector natural, es el jefe de su familia y es la única persona que puede tener un interes idéntico al de su esposa en conservar la paz, el órden, la union y el honor de la casa. Entre dos esposos todo debe ser comun, porque todo es de igual interes para ambos. No debe haber bienes, afecciones, placeres y penas á que sea extraño uno de los dos, y en esta union tan íntima é indisoluble es necesario que el hombre fuerte y experimentado sea el apoyo y protector de su esposa débil é inesperta, y él no podrá ejercer este dulce privilejio, si no puede ver el fondo del corazon de su compañera, como un cristal transparente y limpio.

Se me objetará, talvez, que hay hombres indolentes que no sabrían hacer uso de esta absoluta confianza, que hai otros malvados que no la merecen y que abusarían de ella; mas, yo respondo que un defecto del marido no dispensa á la mujer del cumplimiento de un deber. De resto, me atrevo á asegurar que esta confianza es necesaria y preservadora de mil males. En el capítulo 5º de la 1ª parte he dicho lo bastante para manifestar claras mis ideas, y creo suficiente advertir que todo lo que allí se dice con respecto á los hombres es estensivo á las mujeres. Todos

los negocios domésticos que están al cargo de ellas deben ser consultados con sus esposos, escepto aquellas pequenezas del manejo interior que un hombre desdeñaria, sin duda, y que no deben ciertamente ocupar su atencion llamada á objetos de mayor importancia. Pero, los planes relativos á la educacion de los hijos, las lecciones preparatorias que deben darles la madre, el número y ocupaciones de los sirvientes, los proyectos para adelantar un capital confiado á la industria de la madre de familia, las pretensiones de un hombre á la mano de una hija, &c., &c., todas estas cosas son otros tantos asuntos de amigables discusiones entre dos esposos bien avenidos. De su concierto y armonia en estos pequeños negocios depende en gran parte la prosperidad de la familia.

La misma franqueza se exige de una mujer en órden á sus amistades y relaciones. Ningunas debe tener sin el beneplácito de su esposo. Las niñas se inclinan siempre á buscar esta amiga íntima preferible á todo; este *otro yo* de los romances que tanto halaga su sensibilidad, y como si fuera fácil realizar siempre en el mundo lo que pinta con tan bellos colores la imaginacion brillante de un novelista! Esta amistad ardiente y esclusiva que se desea consagrar á otra mujer igualmente jóven é incauta, se debe de derecho á un esposo; este es el amigo del corazon destinado á la mujer por Dios y la naturaleza. No quiero decir con esto que se priven las mujeres de amigas de su sexo, sino que aquella exaltacion de amistad romántica y exajerada, y aquella confianza sin límites que se cuenta ha existido entre dos mujeres, se rechacen como una agradable quimera, y que no se tengan amistades y relaciones contra la voluntad de un esposo que se debe suponer interesado en la dicha y contento de su mujer.

Lo mismo aconsejo con respeto á las demas confian-

zas. Si una mujer está enferma, su marido debe saber sus dolencias y padecimientos, para que pueda proporcionarle los medios de recuperar su salud, pues que él es Señor interesado en la conservacion de su compañera. Si está triste, él debe ser el depositario y consolador de su pena, porque está fuertemente interesado en que reinen la calma y la alegría en el espíritu de la madre de sus hijos y directora de su familia. Si está contenta es justo que comunique su satisfacción á su esposo, porque una mujer sensible y honrada aumentará sus goces partiéndolos con quien debe ser el objeto predilecto de su corazón. En una palabra, todas sus acciones y sentimientos, todos sus gustos y pesares estarán siempre á la vista de su esposo y este debe ser el regulador y juez de su conducta. La sinceridad y la franqueza serán la base de esta union indisoluble que formó el amor y que la amistad debe perpetuar, *porque cuando el prestigio del amor desaparece, sólo la amistad y la confianza pueden llevar el vacío que queda en el corazón.*

Mas, si un hombre fuere brutal, vicioso, indigno de amor y de esta ilimitada confianza, ¡oh esposa infeliz! yo no me atreveré por esto á variar el fondo de mis consejos.....

El recato, la prudencia, la amable jeñuljencia, vuestro amor á la virtud y al respetable estado que abrazasteis y vuestra propia conciencia guiarán vuestros procederes y hablarán á vuestro corazón con mas eficacia que mi pluma. Pero no olvidéis que siempre sois esposas de Dios y de los hombres.

CAPITULO TERCERO.

DE LA BELLEZA Y CONDESCENDENCIA.

¿Deberé yo hablar de estas cualidades en una obra dirigida á la instruccion de las mujeres? ¿No parecerá ridiculo prescribirlas como deber las virtudes características y distintivas de su sexo? ¿Qué puedo

yo decirles que ellas no practiquen jeneralmente en todo el universo? Pero hay siempre algunas que necesitan de correccion y es á estas á quienes voi á dirijirme. Por otra parte no es malo que las mujeres obren por razon y convencimiento lo que casi todas practican por el instinto de la naturaleza y la fuerza de su carácter especial. Entraré, pues, en materia, con la esperanza de que acaso podrá ser útil lo que voi á decir.

Hai ciertas mujeres que, (si me es permitido usar de esta frase) salieron de su naturaleza, que pervertidas por una educacion mimada ó por un orgullo de familia mal entendido se creen dispensadas de usar de la dulzura y la amabilidad que deben ser el ornato y distintivo de su sexo. Ellas piensan que un tono altanero las hará más respetables, confunden la arrogancia con la dignidad, el encaprichamiento con la firmeza, los arrebatos de la ira una justa severidad. De esta suerte se despojan del dulce atributo de la mujer, se privan de su arma más poderosa, se esponen á la burla de la sociedad y atraen sobre sus cabezas el rigor ó el odio de sus esposos exasperados con sus intempestivos y frecuentes furroses. No, mujeres imprudentes, no imagineis jamás que lo que no obtuvo la amable condescendencia pueda conseguirlo el furibundo arrebato de la ira. La dulzura os hace irresistibles y la soberbia os esclaviza. Cuando una esposa habla con amabilidad, cuando su dulce complacencia ha desarmado el enojo de un esposo despótico, debe contar casi como un triunfo seguro de sus pretenciones, ó por lo ménos con que la negativa será moderada, razonable y satisfactoria. Pero si en vez de la dulzura, emplea la acritud, los gritos, las espresiones irritantes y el orgullo ¿qué conseguirá? Molestado su esposo, usará á su turno de su autoridad, y negando lo que talvez ha debedido y era su ánimo conceder, castigará con una

injusticia la altivez insultante de su mujer. De aquí nacerán mil disturbios, mil interminables querellas, que enlazándose unas con otras, producen un estado de perpetua hostilidad y contradicción y sacan de un origen pequeño y ridículo el gran resultado de la desmoralización de una familia y el escándalo de toda la sociedad. Mas adelante tendré ocasión de volver á tocar este punto: ahora quiero limitarme á hacer observar á las mujeres que en todos los casos y circunstancias les conviene ser condescendientes, ó por lo ménos, usar de mucha dulzura. Si un hombre ha contraído una amistad perniciosa, si se abandona á algun vicio, si descuida un deber importante, su mujer debe advertirle su falta y pintarle las consecuencias de ella con afectuosa dulzura, como una amiga que observa; porque ama y espera la emienda, porque se cree amada. Si su esposo exige de ella por capricho y tiranía algun sacrificio que le sea doloroso, debe combatir aquel abuso con amabilidad, razones y aun con caricias. Mas, si á pesar de esto, no triunfa, debe ser complaciente y dócil, porque la paz conyugal es preferente á todo, porque en sus aras se ha de sacrificar todo excepto la virtud y la religión; y porque si se ha de obedecer en una cosa amarga, vale más hacerlo por bien, que añadir la ira y el descontento á la pena de ver contrariada la voluntad. Si los hijos se extravían del camino recto, ántes que la autoridad, debe emplearse la dulce persuasión para atraerlos á la senda del bien. Si los domésticos y dependientes se apartan de sus deberes, no los corregirá con severidad excesiva sino con aquella bondad apacible, con aquellas espresiones moderadas y benévolas que descubren un maternal interés por la dicha de la persona á quien se dirige, y con aquel lenguaje amable que habla al corazón y nos hace avergonzar de las faltas cometidas.

Ademas de esto, no hay un espectáculo más desa-

gradable que el que presenta una mujer que castiga con furor á sus hijos ó criados abandonándose á los excesos descompasados de la ira. ¡Cuánto se rebaja de su dignidad este ser anjélico por naturaleza, cuando dejándose arrebatado de impulsos violentos se convierte en ejecutor de castigos crueles y se encarniza dando golpes á un infeliz culpable! Y ¡qué desagradables son los acentos del enojo en aquella boca que sólo debería proferir palabras de amor y de consuelo, y de la cual no se esperaba oír sino suaves amonestaciones y saludables consejos! ¡Cómo se afea y descompone el rostro de una mujer enfurecida! Y ¡cuán quebrantado y abatido debe quedar un corazón tierno que se ha dejado avasallar por la vil pasión de la venganza y que ha sufrido el choque tumultuoso de sus indignos arrebatos! No lo ocultemos, la ira degrada á las mujeres y las convierte en azote de sus maridos y terror de su familia.

Cuando un esposo entra en su casa fatigado del trabajo con lo que ha buscado la subsistencia de su familia, y abrumado por los cuidados que causan los negocios públicos, espera naturalmente encontrar en ella la paz y el contento que lo son necesarios y calmar sus inquietudes con el cuadro risueño de la felicidad doméstica. ¡Qué tristes deben ser las impresiones que él recibe al encontrar á su esposa convertida en una furia, prorumpiendo en injurias, dando golpes é invocando venganza! ¡Con qué horror mirará este cuadro de lágrimas, quejas y castigos que se ofrece á sus ojos en lugar de las caricias, risas y consuelos que esperaba hallar en el seno de su familia.

Desengañémonos; estos furores mujeriles no dan más orden á la familia, ni hacen á los sirvientes más exactos y respetuosos. La especie humana se acostumbra á todo hasta á los castigos diarios de una mujer encolerizada; y el último resultado que producen

estas escenas domésticas es el escándalo de las vecindades, el odio, disimulo y mala fé de los sirvientes, la hipocresía de los hijos, el aburrimiento del marido y por último las burlas de todos los que comparan las iras de una mujer á las rabietas de un niño que estropea sus manos dando golpes á la piedra en que tropezó.

Es preciso repetirlo : la ira no produce sino frutos amargos, en vez que la dulzura interesa á todo el mundo, desarma á los enemigos, ablanda los corazones más duros y deja en el fondo del alma una serenidad que no será fácilmente alterada ni por la injusticia de la sociedad, ni por los rigores del tirano más desapiadado.

Las mujeres iracundas están siempre mal servidas, porque los criados las abandonan al punto que conocen su carácter. Sus hijos se vician á fuerza de buscar distracciones y compañías que los alejen de la casa y los indemnicen de la pena de estar presenciando y sufriendo siempre los regaños y castigos que prodiga su impaciente madre ; y las infelices hijas son la víctima de este jenio cruel, porque ó contraen, sin amor ni reflexión el primer enlace que se les presenta, ó viven perpetuamente atormentadas é intimadas por una madre injusta, ó tal vez se abandonan á un seductor, á fin de sustraerse á la horrible esclavitud en que viven. ; Cuántos resultados funestos por no haber domado la pasión de la ira! Este solo pensamiento debería espantar á una mujer, por poca que fuese su sensibilidad.—Hai más, el interes personal de una mujer la prohíbe entregarse á esta indigna propension de atormentar á cuantos de ella dependen, porque sólo logrará ser amada en lo interior de su casa, si es indulgente, amable y jenerosa ; y el cariño de la familia es lo único que la consolará de las penas de la vida, puesto que no tiene, como el hombre, la libertad de buscar distracciones ó queha-

ceres fuera de su habitacion. Obteniendo el amor de su familia, está segura de poderse atraer su confianza esta linsonjera confianza que la pone en situacion de poder dar consejos oportunos, evitar desaciertos y dirigir á su arbitrio los gustos y negocios de cada uno de los individuos de su casa. Esta consideracion no puede parecer indiferente, y la recomiendo con empeño á las mujeres.

La señora de la casa que se ha hecho amar de los suyos, tiene tambien la ventaja de ser mejor asistida en caso de enfermedad, y si la muerte la arrebatara del seno de su familia, se endulzarán sus últimos instantes con la grata persuacion de que la acompañarán hasta el sepulcro los llantos y las bendiciones de cuantos la rodeaban.

Ademas, la humanidad le ordena ser dulce y apacible con todo el mundo. Un infeliz criado es siempre nuestro semejante y nuestro hermano. Debemos pensar que sin una combinacion de circunstancias que en ninguna manera dependen de nuestro propio mérito podríamos encontrarnos en la misma situacion en que se hallan nuestros domésticos. Sus defectos, su ignorancia y su miseria son otros tantos títulos que les dan derecho á la conmiseracion de aquella á quien sirven y de cuya mano reciben el pan que les alimenta. La mujer bondadosa debe compadecer á estos desgraciados á quienes colocó la Providencia en un puesto tan inferior, ponerse en su lugar siempre que se trata de juzgar sus faltas, y excusarlas hasta donde sea compatible con la justicia y el buen orden doméstico. Y digo compatible, porque una excesiva induljencia los vicia y perjudica, y porque si no se les corrije y se les precisa á desempeñar bien sus respectivos deberes, se obra con ellos con tanta crueldad como cuando se les maltrata y oprime. Estos dos extremos imponen igualmente una tremenda responsabilidad para con Dios y la conciencia.

La vida es demasiado corta, ¿por qué hemos de emplearla en atormentar á nuestros semejantes y en hacernos desgraciados á nosotros mismos dejándonos llevar de un carácter iracundo y descontentadizo? Pronto pasará todo cuanto está relacionado con el mundo y llegará un momento en que nos parecerán levísimas aquellas mismas cosas que tanto nos inquietaron. Debemos ser misericordiosos para tener derecho de esperar misericordia. El triste placer de hacer derramar lágrimas á las personas que debían amarnos, el gozo de hacer temblar con una palabra ó una mirada, la propension á contradecir los gustos de las personas que de nosotros dependen, da mala idea del corazón, y ¿desgraciado del individuo, hombre ó mujer que no se apresura á enjugar el llanto que se ve tió por su causa!!!

Dire por último que no sé de ninguna mujer á quien se haya hecho una crítica demasiado severa por su indulgencia y jenerosidad, y que por todas partes he oído las más acerbas censuras contra aquellas furias con rostro humano, que no temen estropear al débil ni se avergüenzan de manchar sus labios con injurias, amenazas y horrendas maldiciones. Esta justa desaprobacion del público es, en mi concepto, uno de los menores castigos que tendrá que sufrir la mujer soberbia é implacable que ha preferido la satisfaccion de hacerse temer, á la dulce y positiva ventaja de obtener el amor y gratitud de su familia.

CAPITULO CUARTO.

DE LA OBEEDIENCIA Y PACIENCIA.

Lo que tengo que decir sobre estas indispensables cualidades es casi una repetición de lo que acaba de leerse; porque ciertamente una mujer dulce y condescendiente será sumisa y sufrida; al paso que caprichosa, arrogante y tenaz es incapaz de obediencia y

resignacion. No obstante, como la obediencia supone dependencia, y como la paciencia es la perfeccion de la dulzura, he querido tratar por separado de estas dos virtudes, para dar, si me es posible, más claridad y extension á sus pensamientos en un escrito destinado en especial á las mujeres casadas. No será demasiado el insistir sobre cualidades tan absolutamente necesarias para un sexo siempre dominado, siempre dependiente y muy comunmente esclavo.

Empezaré por decir que una mujer, por su propio interes, debe ser amable y complaciente con todo el mundo, sea cual fuere su edad, su estado y lugar que ocupe en la sociedad, se entiende siempre que no se le exijan complacencias criminales ó indebidas en sus circunstancias; pero no está obligada á obedecer sino á sus padres ó á los que lejitimamente los representan mientras es soltera, á su marido cuando se casa, á sus amos si es criada de una casa, y á sus superiores si es monja, y esto siempre con la limitacion ya espresada de salvar su virtud y su relijion. De resto, esta obligacion es tanto más fuerte cuanto que las mujeres se casan, por lo comun, en una edad muy tierna, y que están desprovistas de la esperiencia, las luces y la prudencia que necesitan para manejarse con acierto y desempeñar debidamente sus nuevas é importantes funciones. Es natural suponer que el hombre que abraza voluntariamente el estado del matrimonio, posee aquellas cualidades, y es cierto y evidente que nadie es más interesado que él mismo en todo lo que puede contribuir al bienestar, paz, honor y prosperidad de su familia. La mujer, pues, debe obedecer las órdenes de su esposo, ya porque esta es su obligacion, ya porque al contrariarlas causaria desavenencias, ya finalmente, porque esta pronta obediencia agrada y lisonjea á los hombres que de ordinario son celosos de sus prerogativas y autoridad, y viéndose complacidos son por su parte más dóciles y ménos

imperiosos. La esperiencia nos enseña que puede haber dos jefes en una casa, y que cuando dos individuos ejercen el mismo grado de autoridad y el mismo derecho de mandar, suelen darse órdenes contradictorias, y el resto de la familia no sabe á quien obedecer.—De aquí nacen la confusion y las rencillas que vemos en tantas casas; porque es difícil que quien mandó una cosa que en su concepto es necesaria ó justa, se resuelva sin replicará revocar la orden, y parecer inconsecuente á los ojos de sus inferiores. Por otra parte, un hombre que entra y sale; que maneja los intereses de la familia; que está informado de los pequeños detalles domésticos, y de los grandes resultados buenos ó malos de sus especulaciones y negocios; un hombre, digo, que puede consultar la esperiencia ajena, y pesar todas las circunstancias, es el que está en aptitud de dar órdenes, tomar medidas y dictar arreglos en la familia, y cuando él dispone como jefe, su esposa debe ser la primera en dar ejemplo de una pronta obediencia. La confianza ilimitada que en otra parte le he impuesto como un deber, la pone en el caso de poder hacer moderadas reflexiones, si es que encuentra que objetar á los mandatos de su esposo. Pero, si despues de una discusion pacífica y razonable insiste él en sus determinaciones, entonces no hai recurso, es necesario obedecer para no escandalizar.

Parto del principio de que no habrá hombre tan necio y obcecado que mande cosas indebidas sólo por tener el placer de dar órdenes y que quiera ejercer su dominio sobre aquellas cosas que son esencialmente del resorte de la mujer, que solo ella puede conocer y dirigir, y que de ella exclusivamente deben depender. Supongo que los hombres no querrán darse el ridiculo que les proporcionaría esta usurpacion de los derechos mujeriles, porque con tal manejo darían á conocer que tienen un menguado entendi-

miento, y sobra de arbitrariedad y despotismo.

No se me oculta al hablar de estos deberes pasivos de las mujeres, que puede haber casas en que esta ciega obediencia seria peligrosa y áun criminal; por ejemplo, si se trata de sacrificar una hija á la avaricia ó al vano deseo de engrandecer la familia. Mas estos casos son raros entre nosotros, y en asuntos de tamaña magnitud, la razon, la conciencia, y el juicio de las personas prudentes y el fallo del público bastan para indicar á una buena esposa el camino que debe tomar. Lo mismo digo en el caso de que una mujer discreta se encuentre unida á un imbécil, indigno de ser jefe de su familia; porque no pueden establecerse reglas claras y fijas para casos variados y singulares.

Volvamos, pues, á mi asunto. ; Desgraciado matrimonio aquel en que la mujer se reserva el derecho de no hacer sino lo que quiere, y en que usurpando la autoridad de su esposo se convierte ella en déspota y árbitro de todos los negocios! Entónces todo se desorganiza, porque no hai hombre por bondadoso ó necio que sea, que no conozca el lugar le que corresponde en su casa y que nose irrite al verse despojado de las prerogativas con que lo han investido Dios, la naturaleza y las leyes, y esto aunque no tenga la fuerza de recuperar sus derechos. Parece que la sociedad entera se ha puesto de acuerdo para castigar con sus burlas y su desprecio al hombre débil que se deja gobernar por su mujer; pero, esta sufre á su turno una desaprobacion jeneral é inspira por todas partes la más declarada aversion. No imagine-mos locamente que una mujer se da más importancia ó hace se más respetable cuando á obligado á ha su esposo accederle el primer lugar. Léjos de esto, todo el mundo la ridiculiza, y su conducta es citada como un modelo de atrevimiento, descaró y fatuidad. Todavía digo más; cuando una mujer se encuentre por su desgracia, en el caso arriba indicado, es decir unida á un

imbécil incapaz de gobernar su familia, y se vea por consiguiente obligada á desempeñar las funciones que á él le tocan, es de su deber ocultar las faltas de su esposo, disculpar su ineptitud y no hacer alarde de sus propios talentos, tanto porque una mujer debe ser modesta en todas las circunstancias de su vida, como porque el desprecio que ella hubiese atraído sobre su marido refluirá sobre sí misma, pues una esposa será mas respetada en la sociedad, en proporcion del honor y respeto que ella tribute al hombre que es su esposo y padre de los hijos que ella ama, y á quienes deben un buen ejemplo en todo.

¿Qué diré de la paciencia, de esta virtud celestial, atributo especial de la mujer, y fuente de sus más heroicas acciones? Se necesitarían muchas páginas para encarecer las ventajas que proporciona esta sublime virtud. Pero me contentaré con decir, que ella es la única arma de que una mujer puede usar siempre sin peligro; que ella causa á la maledicencia, embota los tiros de la envidia y aplaca frecuentemente los indignos furros de un marido brutal y desenfrenado. La paciencia es la que inspira y sostiene aquella dulzura que he aconsejado para las correcciones de la familia; ella es la que consuela á una infeliz oprimida por un esposo cruel; ella es la que mantiene, por muchas noches seguidas, á la esposa sensible á la cabecera de su marido enfermo; la que hace tolerar las molestias que causan los caprichos de los niños; la que da á una criatura tímida el valor de presentarse delante de los tiranos para implorar la justicia ó el perdón en favor de su esposo proscrito; la que guía á una mujer delicada en medio de los desiertos y las privaciones para acompañar y consolar á aquel á quien ama su corazón. La paciencia es la sostenedora de todas las virtudes de la madre, la hija, la esposa y la ciudadana, y por medio de ella se han ejecutado estas acciones heroicas, estos prodijios

de amor, de lealtad y de consagracion, que han hecho inmortales los hombres, de tantas y tantas mujeres que recuerda la historia. ¿Qué sería del jénero humano sin la incansable paciencia de la mujer? Y sin embargo, muchas de entre ellas se creen humilladas cuando hai quien juzgue que tienen paciencia. Un necio orgullo las arrastra, y quieren manifestar que miran el sufrimiento como una vil abyeccion. ¡Cuántas hai que hacen alarde de sus arrebatos violentos, de su carácter altanero, de sus modales altivos é imperiosos! ¡Cuántas que se avergüenzan de reñir aun á sus propios maridos en presencia de estraños! Mas, no la imiteis vosotras las que anhelaís por la felicidad doméstica. La ira, como ya lo habreis observado, hace odiosa á la mujer, y esta pasion indigna con nadie es más mal empleada que con el marido. Si él es injusto y llega á faltarle á su esposa, esta debe aguardarle con paciencia el momento del arrepentimiento ó de la calma, y si este momento no llega nunca á lo ménos su corazon y su conciencia la consolarán de una pena que no ha merecido.—¡Cuántas veces sucede que un hombre entra en su casa rabioso y colérico y desahoga con su mujer los arrebatos de su injusto enojo! Entónces ella debe callar, reflexionando que un hombre es muchas veces escusable por la multitud y calidad de los negocios que maneja, y que mucho peor sería si manifestara sus disgustos y mal humor fuera de su casa. La ira le pasará pronto, porque un estado violento no puede durar, y porque el mismo sufre á causa de su injusticia y necesita mover de nuevo su pecho con impresiones suaves y pacíficas. Entónces es que la mujer debe hablar y derramar sobre aquel corazon ulcerado los tesoros de dulzura y bondad que Dios ha depositado en su seno. Mas, si su marido no es susceptible de arrepentimiento ni razon, ¿qué hará la triste esposa? La paciencia es su único recurso, porque ¿qué adelantará

en volver injurias por injurias y furores por furores? Esto sería el colmo de la imprudencia, sería, como dicen los árabes, arrojar aceite sobre el fuego y dándole así pábulo y violencia causaría probablemente un incendio inextinguible.

Si por un efecto de las revoluciones políticas ó de las vicisitudes de la suerte, ó tal vez por el mal manejo del marido se ve la mujer reducida á la miseria, rodeada de privaciones y amenazada de mayores calamidades, ¿qué Dios perserve su boca de prorumpir en quejas excesivas ó en agrias reconvenciones! Oponga la paciencia al infortunio, manifieste una alma magnánima, y sea la consoladora de aquel que sufre con ella los rigores de la adversidad.

¿Cuán recomendable é interesante es una mujer que sabe sufrir con dignidad y resignación las muchas penas que cercan su sexo! ¿Ah! ¿perjuradas débiles é infortunadas! ¿Cuánto necesitareis de vuestra paciencia anjelical en todo el curso de vuestra existencia que ha de sufrir tan rudas y amargas pruebas! En calidad de esposas y madres no vereis pasar un solo día sin tener que ejercitar esta virtud sublime.

CAPITULO QUINTO.

DE LA ECONOMIA Y ORDEN.

La economía y el orden interior de una casa están relacionados tan íntimamente con la felicidad del matrimonio, que nada habría yo hecho con hablar de los demas deberes de una mujer, si no dedicara algunas líneas para tratar de estas preciosas y necesarias cualidades.

Un autor juicioso ha dicho que la primera regla de economía consiste, en no gastar un individuo más de lo que le producen sus rentas ó su industria; y para perfeccionar esta regla añade que, debe tenerse siempre un sobrante para los casos imprevistos. Me

parece que para el objeto que me he propuesto, este principio es diminuto ó demasiado jeneral. Me explicaré mas claramente. Tal hombre por ejemplo tiene una renta de 1,200 pesos anuales y reserva 400 al fin de cada año. Es evidente que este hombre no ha consumido sino las dos terceras partes de su renta, y no por esto podremos asegurar que se han manejado con economía. Segun la rigurosa acepcion de esta palabra se entiende por economía *la administracion y dispensacion recta y prudente de los bienes temporales.* Y de aquí resulta que el que gastó sin recatitud ni prudencia 800 pesos, no es económico, aunque tenga guardado el sobrante de 400 pesos para conformarse con la regla que prescribe que los gastos sean menores que las rentas.

Para observar una economía perfecta es necesario, no solamente que los gastos no excedan á las rentas, sino que el mantenimiento y vestido del individuo ó la familia estén en armonía con sus medios de subsistencia, y sean análogos al puesto que ocupe en la sociedad; que no haya una alternativa de lujo dispendioso, y alarmante escasez; que la mesa, la casa, los vestidos las limosnas y hasta lo que se invierte en diversiones, guarden entre sí una justa proporcion; que se vea en el conjunto y en todos los pormenores un equilibrio exacto (perdónese me esta frase) y bien calculado, que en cualquier dia y hora en sea necesario mudar de hábitos y de jénero de vida á causa de un aumento ó rebaja de fortuna, se pueda partir de una base fija y conocida, para practicar con la debida proporcion el ensanche ó disminucion de las comodidades. Ahora bien, jamás podrá llegarse á este fin con el debido acierto si una mujer activa, vigilante y diestra no ayuda en la grande obra de regularizar los gastos y ordenar el manejo interior de los diversos ramos que le están encomendados.

Solo una mujer puede entender en los detalles mi-

meiosos de la despensa y la cocina; sólo ella puede repartir el vestido y el mantenimiento de la familia sin mezquindad ni despilfarro; sólo ella puede utilizar todos esos pequeños desperdicios diarios de víveres, ropa, utensilios y tiempo que descuidan en la mayor parte de las casas por su pequeñez, y que al cabo del año forman una suma considerable de cada una de estas cosas. Al cuidado de una mujer prudente está la distribución de los quehaceres, el abasto de la despensa, el arreglo del gallinero y palomar, el aseó y conservación de los muebles, la compostura y calidad de los vestidos, y la claridad y orden en las cuentas del gasto interior ella debe saber por menor el precio de los comestibles para proveer su casa en tiempo de cosecha y abundancia de aquellas cosas que no se merman ni desmejoran con estar guardadas un largo espacio de tiempo; debe averiguar la calidad y valor de las telas para vestir su familia de aquellas más decentes y durables según sus circunstancias y la fortuna de que goce; y debe conocer los métodos más económicos para hacer tales ó cuales obras del servicio interior dentro ó fuera de la casa, según el país en que viva, y la calidad y número de criados que se necesiten. Todos los muebles y trastos de la casa desde los adornos de la más lujosa habitación hasta los utensilios de la cocina, deben serle conocidos, á fin de que advierta cuando le roban ó destruyen alguna cosa; y que pueda vijilar sobre la conservación de todo. Sería conveniente que fuese tan práctica en el lugar que ocupa cada cosa, que pueda hallar lo que se necesita aun en medio de las tinieblas de la noche.

Preveo que no faltará quien me diga que estos pequeños pormenores son indecorosos para una señora de comodidades y que quien tiene dinero puede y debe proporcionarse un mayordomo ó ama de gobierno que desempeñen las subalternas funciones á que

quiero sujetar á una mujer de alto rango. Nó, jamás convendré en que hai desdoro en el cumplimiento de las obligaciones, ni una mujer es ménos respetable cuando llena con exactitud todos sus deberes. Una casa bien ordenada hace honor á quien la dirige; y es necesidad esperar de criados mercenarios una vigilancia y economía cuyas ventajas no podrán conocer jamás. Se dirá que una señora dedicada á tantos y tan minuciosos cuidados no puede atender personalmente á la educacion de sus hijos, ni podrá nunca, por falta de tiempo, presentarse en la sociedad á donde alguna vez la llaman su calidad y relaciones. Empero, ¿quién ignora que el buen ejemplo es la primera leccion que se debe dar á la familia? Las hijas están destinadas á ser esposas y madres algun dia, y ¿cómo sabrán gobernar su casa las que no aprendieron á hacerlo al lado de su madre?—Pagarán tambien mayordomos y despenseras.—Bueno; mas ¿quién asegura que la familia será perpetuamente rica, y que podrán comprarse con dinero gentes encargadas de cumplir deberes que las señoras de casa se atreven á desdeñar á la faz del mundo entero? ¿quién responderá de la fidelidad de estos sirvientes, que de ordinario se enriquecen á costa de los indolentes amos, á quienes saquean y arruinan? Además de esto, es bien sabido que nunca falta tiempo al que sabe distribuirlo con economía y orden; y que una señora de juicio y prudencia dispone siempre con tanto acierto de sus horas, que sin quitar ni un instante á sus ocupaciones indispensables, le quedan sobradas horas para gozar de las recreaciones y pasatiempos que le son permitidos. Si yo tratara aquí de ostentar erudicion, y enseñar con grandes ejemplos lo que sólo deseo persuadir por medio de un convencimiento íntimo, no me sería difícil ojear la historia y sacar de ella muchos nombres ilustres que servirían para apoyar todo lo dicho sobre esta mate-

ria. Mas no quiero hablar á la vanidad sino al corazon y á la razon; y cuando he afirmado que el rango no se opone al desempeño de las obligaciones caseras, es porque tengo la conviccion profunda, apoyada en la observacion más constante de que esto es así; y creo que hasta la poderosa soberana de Inglaterra hallaría, si gustará, el tiempo suficiente para gobernar su casa por sí misma, sin que esto le causara ni mengua ni deshonor. Pero este libro no es escrito para personas de tan elevada condicion; en la Nueva Granada no hai reinas ni princesas; casi todas nuestras damas son iguales; madres, hermanas, hijas y esposas de los hombres que alternativamente nos gobiernan, de los que defienden á la patria en el campo de batalla, de los que ilustran con su saber ó la enriquecen con su industria y comercio; sus fortunas son semejantes y sus rangos difieren poco. Aquí no hai familias opulentas, ni orgullosos titulados, ni banqueros millonarios, y no debe haber mujeres inútiles y holgazanas. Nuestra República necesita ciudadanos virtuosos, y estos deberán ser formados por madres laboriosas, prudentes y honradas. Las rentas del Estado han de estar manejadas con órden y economía; y estas virtudes se aprenden desde la infancia con los consejos y ejemplos de una buena madre. Estas se hallan encargadas de esta enseñanza, y no puede temerse que nuestra moderada sociedad se avergüence de la práctica de lo bueno y lo útil, solo porque algunas calaveras hayan tenido el antojo de llamarlo bajo y degradante.

Y ¿por qué han de desdeñar las mujeres unas ocupaciones y cuidados que las hacen necesarias á sus esposos y respetables en el recinto doméstico? ¿Por qué han de abandonar este gobierno prudente que aumenta sus comodidades, ensancha su autoridad y economiza el fruto de los sudores de sus padres y esposos? Ignoran ellas, acaso, los peligros, fatigas y

comprometimientos que rodean cada una de las profesiones que los hombres abrazan para buscar la subsistencia de su esposa y sus hijos? Y siéndoles todo esto conocido, ¿cómo podrá parecerles tan penosa la pequeña parte de trabajo que les toca, á fin de economizar y distribuir con prudencia lo que un padre de familia gana frecuentemente con peligro de su salud y de su vida? Por otra parte, ¿cuánta será la satisfaccion de una mujer honrada que sabe mantener en su casa la abundancia y las comodidades, no por lo crecido de sus rentas sino en virtud de su actividad, industria y buen orden! Estos cuidados no se pierden en el corazon de un marido. Aunque su esposa tenga la modestia de no hacerle notar los efectos ventajosos de su administracion, él observará en todo; y si fuere tan distraido é indolente que no haya notado, la casa de un amigo ó las quejas de un vecino, presentándole un objeto de comparacion, le revelan estos misterios de orden y buen gobierno debidos á la economía de su esposa. Entónces él bendecirá en su corazon la dichosa eleccion que supo hacer y el dia en que se unió á una compañera laboriosa y modesta. ¿Es poca esta satisfaccion para una mujer? ¿Cuán deliciosa debe serle la aprobacion de un marido amado!

Aun diré más; si un hombre por sus vicios y mal carácter, ni nota, ni agradece, ni aplaude estos buenos procederes de su esposa, este es un motivo de otra especie mui poderoso para que ella se contraiga más al cuidado de su casa: tanto porque los quehacerés alivian de las penas del espíritu, como porque un buen manejo doméstico es lo único que puede equilibrar el despilfarro de un vicioso, y prevenir ó retardar la ruina de una familia.

Como la economía y el buen orden doméstico son resultado del juicio y prudencia de una mujer, que no será fuera del lugar el recordar aquí otro

deber de moderacion que está relacionado con el cuidado de los intereses del marido, y es uno de los ramos de la economía. La mala educacion de muchas mujeres y sus frívolas y pueriles pretensiones las han habituado desde niñas á mirar como necesarios todos los dijes de la moda, y cuántas costosas extravagancias usan las personas que tienen muchas comodidades ó muy poco juicio. De aquí nace que sin reflexion sobre los recursos con que cuenta un hombre, sin calcular los muchos costos que trae consigo y como accesorios un objeto de lujo, se atreve una mujer á solicitarlo con impórtunidad, y compromete el amor ó la vanidad de su esposo á hacer desembolsos considerables con perjuicio de sus más sagradas obligaciones. Yo quisiera desterrar esta perniciosa manía de imitar el lujo ajeno, y que las mujeres se acostumbraran á no tener más adornos superfluos sino aquellos que son compatibles con un modesto decoro, y con los medios de subsistencia con que cuenta su marido. ¿Qué adelanta con poseer una joya, un mueble, un vestido de exesivo valor?—Atraer por un momento la atencion envidiosa de algunas mujeres y abrir un campo inmenso á la maledicencia para que forme sus temerarias y ultrajantes conjeturas. Lo repito, una mujer casada no debe presentarse en público sino con aquellos adornos que están en consonancia con el respetable estado del matrimonio, y con las comodidades que su marido disfruta. El uso contrario es criticable, opuesto á la moral, extravagante siempre, y frecuentemente escandaloso.

Nuestras instituciones políticas nos prohiben el lujo, y puede asegurarse sin temor de incurrir en equivocacion que jamás se hará una verdadera república de un país en donde haya un considerable consumo de esos objetos costosos cuyo uso favorece las pretensiones y distinciones aristocráticas, y ha corrompido tantos pueblos, y cuyo abuso ha arruinado tan-

tas familias. A las mujeres toca dar el ejemplo de esta moderacion que debe formar el carácter distintivo de los republicanos, y está en sus intereses educar temperantes virtuosos y económicos á estos hijos que algun dia serán nuestros magistrados, legisladores y economistas.

En efecto, con qué disposiciones se criará una familia que oye hablar continuamente de trajes costosos, cintas, encajes, joyas de inmenso valor y magníficos muebles sin haber observado nunca que se haga el menor reparo sobre el precio? ¿No pensará naturalmente que sus padres poseen tesoros inagotables, que todo se puede pedir con tal que ocurra desearlo, y que si faltan los atavíos del lujo se rebaja su familia de su nobleza y dignidad? Este resultado es bien probable; el niño no ve sino un vano brillo, pero ignora el trabajo que cuesta, las deudas que se contraen, los petardos que se causan, las angustias que se sufren y la crítica y desprecio que ataca por todas partes á sus locos y desgraciados padres. El niño está ya enseñado á que se contenten sin examen sus caprichos; le dan costosos juguetes, se le viste con un esmero afectado, se le permite manejar dinero, y jamás se le da una leccion de economía ó de templanza; nunca se le deja entrever lo que cuesta adquirir estos objetos que él destruye por descuido ó pasatiempo; ni se le indica siquiera que estos reales que él gasta por hábito en golosinas que ya le empalagan, saciarían el hambre, cubrirían la desnudez y harían la felicidad de toda una familia que gime en la más espantosa miseria. Así es como la falta de orden y economía de una mujer todo lo pervierte, todo lo vicia, y ahoga hasta los sentimientos de humanidad en el corazón de sus inocentes hijos.

Fácil me sería trazar el cuadro que presenta en su interior una casa mal gobernada, porque desgraciadamente he podido hacer muchas observaciones so-

bre originales bien notables. Aquí se vería una escena ridícula de vanidad y miseria: allí una negligencia irritante; más a lá una ignorancia vergonzosa. Pero, me abstengo de esta triste pintura, porque no quiero se sospeche siquiera que he trazado un solo rasgo con intencion de zaherir á alguna persona. No; yo amo demasiado á mis conciudadanas para poder consentir en mortificarlas de ninguna manera. Sé que, en lo general, no son culpables de los defectos adquiridos por una educacion diminuta ó viciada, y conozco demasiado que el mal viene de más lejos. Sinembargo, me parece que lo dicho es suficiente para inspirarles amor á la economía y al órden, y por esto no me detengo en manifestarles otras mil ventajas que les procuraria la práctica de estas virtudes, ni los horribles males que acarrea su inobservancia. Me limito únicamente á indicarles la senda que me parece buena, suplicándoles á los que adolecen de los defectos que quiero corregir, que se dignen observar, estudiar é imitar á tantas matronas respetables de todos estados y clases que honran nuestro suelo con su moderacion, su juicio y sus virtudes.

CAPITULO SESTO.

DEL ASEO.

¡Un capítulo sobre el aseo!! ¿Quién hubiera imaginado que esta cualidad llegaría á enumerarse entre las obligaciones esenciales de las mujeres! Más, haciendo una breve reflexion debe cesar la sorpresa y encontrarse razonable mi idea.

El aseo es el auxiliar de la economía de que acabo de hablar y el conservador de la salud. Él da encantos á la juventud, presta atractivos á la vejez, realza la belleza y aún hai quien piense que la prolonga mucho más allá de su término ordinario. Hé aquí al-

gunos de los títulos con que cuenta esta amable cualidad para figurar en el catálogo de las principales virtudes de una esposa. Diré más todavía, todas las afecciones tiernas que experimenta el corazón de una mujer le prescriben el deber del aseo.

Voi, pues, á hablar del aseo en casi toda su extensión, porque así es que se hace más interesante y que puede conocerse toda la necesidad que hai de observarlo con la más escrupolosa vigilancia.

Bien sabido es, que muchos individuos guardando la más exacta limpieza en su persona y vestidos, miran con indiferencia el aseo de su cocina, al paso que otros exigiendo los cuidados más atentos en los manjares y el servicio de la mesa, no piensan jamás en lo necesario que es estender á sus manos, cabeza y cuerpo estos mismos cuidados.

Pero, en una mujer es imperdonable la falta de limpieza, y no comprendo cómo es que una señorita se atreve á ostentar un lujoso collar de perlas sobre una garganta afeada con el más reprehensible desaseo. Lo mismo observo con relacion á los vestidos: muchas veces cubre un rico y costoso traje una ropa interior sucia, desgarrada y mal hecha. Todo esto se nota más de lo que se piensa y hace perder infinitamente á las mujeres. La que no cuidó de la limpieza de su persona en la juventud será aún más descuidada cuando vaya entrando en edad, y por consiguiente carecerá de una de las prendas importantes que deben adornar á una madre de familia y de uno de los atractivos que hacen interesante á una anciana. *Resulta pues, de aquí, que el aseo está prescrito por el interes personal, porque capta la benevolencia áun de aquellos aturdidos á quienes repugna la vejez.*

Los niños necesitan baños frecuentes, ropas limpias y holgadas, dormitorios ventilados y barridos, donde se respire un aire puro y saludable. Estas precauciones conservan su salud, los robustecen y

contribuyen eficazmente al pronto y vigoroso desarrollo de sus facultades intelectuales: porque es bien sabido que cuando el cuerpo está débil y enfermizo el espíritu se encuentra oprimido, y pierde poco á poco su energía. *Se quiere de aquí que el amor maternal ordena á las mujeres el aseo.*

No será necesario emplear un largo discurso para persuadirles que como esposas tienen una absoluta necesidad de cuidar de la limpieza de sus personas, porque la perpetua compañera de un hombre tiene un interés muy grande en evitar todo lo que á él pueda serle molesto y en procurar todo aquello que contribuye á prolongar las ilusiones del amor y hacer agradables las relaciones íntimas del matrimonio. Este deseo de complacer á su esposo no ha de limitarse á su persona, pues debe dirigirse su vigilante cuidado hacia todos los objetos que admiten limpieza y que están bajo su dirección. Aun el más tosco alimento agrada al paladar, si está preparado con aseo, servido sobre un blanco mantel y en platos bien fregados y secos. Lo mismo sucede con respecto á la cama, porque la más escrupulosa limpieza no es excesiva en un lugar donde se pasa por lo ménos la cuarta parte de la vida. El mismo cuidado exigen todos los muebles y utensilios de una casa. Todo lo que hai en ella está especialmente encomendado á la señora y es probable que cada objeto de servicio doméstico se haya conseguido con trabajo y fatiga. El aseo conserva los muebles que se poseen y aleja la necesidad de hacer nuevas adquisiciones para reponer aquellas cosas que pudieran destruirse por un abandono culpable. *Así, pues, queda demostrado que la ternura conyugal y una prudente economía prescriben el cuidado y aseo de su persona y su casa.*

Hai una infinidad de enfermedades cutáneas y otras varias que afligen particularmente á los niños, y que tienen horribles consecuencias, las cuales por lo

comun nacen ó se desarrollan con el desaseo. La suciedad de la boca causa ó acelera la corrupcion de la dentadura y de aquí se originan esos crueles dolores de muelas y dientes que empezando por martirizar, concluyen por afear hasta los más hermosos y frescos semblantes haciendo que negros y asquerosos raigones ocupen el lugar de una blanca y hermosa dentadura. Si todas las madres acostumbráran á sus hijos al aseo, los médicos tendrían ménos ocupacion, y la sociedad contaría en su seno mayor número de individuos sanos y de buena presencia. *Hé aquí cómo el amor de la humanidad en general aconseja tambien la limpieza.*

¡Con cuánto gusto entrará un hombre en su casa sabiendo que siempre la encuentra limpia y bien ordenada! ¡Con qué satisfaccion acariciará á su esposa y á sus hijos! ¡Cuán delicados y sabrosos le parecerán los alimentos preparados con aseo y servidos sobre una limpia mesa rodeada de una familia feliz y robusta por los cuidados de una buena madre! ¡Qué delicioso le será el sueño que disfruta en un lecho aseado y al lado de esta amiga querida que lo complace con la pureza de su alma y de su cuerpo! ¡Oh! ¡qué felicidad para una mujer tener tantos medios de complacer á su marido y poder bajo distintos puntos de vista hacerse agradable y necesaria al compañero de su vida! Y ¡qué dicha para un hombre haber hallado una amiga tan estimable que con sus cuidados y ternura le endulza todas las amarguras de la existencia!

Veamos ahora las cosas por otro lado. Se formará malísimo concepto y todo el mundo censurará á una mujer que se encuentra siempre con los vestidos sucios los cabellos en desórden, las manos manchadas y cuya casa sin barrer y cubierta de telarañas y polvo, nos descubre por donde quiera la desidia, pereza y abandono de quien la gobierna. Además, es cosa

muy desagradable ver una mesa cubierta con un mantel chorreado y con tenedores y cucharas que conservan restos de la comida del día anterior. ¿Qué cosa más asquerosa que la vista de manjares llenos de mosquitos, carbones y cabellos? ¿Quién podrá reclinarse con placer sobre una almohada hedionda y gracienta? Y qué objeto tan repugnante son unos niños mugrosos y desarrapados cuyas facciones apenas se distinguen al través de la asquerosa costra que tan horriblemente los desfigura! Todo esto inspira mala idea del carácter de una mujer, y yo he conocido un marido que concibió la más invencible aversión hácia la suya á causa del excesivo desaseo que observaba en su persona y en su casa. Ninguna señora de juicio se desentenderá de estos pormenores que tanto le interesan y que hacen que su persona, sus hijos, sus criados y su habitación conserven el debido aseo y presenten este hermoso aspecto de alegría que comunica la limpieza áun á las cosas inanimadas.

Aconsejo, pues, á las esposas que acostumbren á su familia á levantarse con el sol, y que las tres primeras horas de la mañana se destinen á bañarse, peinarse, barrer, sacudir y fregar los muebles y trastos de la casa y poner en orden todas las cosas. Una vez establecido este método, será bien corto el tiempo que en lo sucesivo se emplee diariamente en esta policía doméstica, porque es muy poco lo que puede haberse ensuciado ó desarreglado en el corto espacio de veinticuatro horas. Las ventajas que produce este espíritu de orden y de aseo son conocidas y sentidas por todo el mundo, y es verdad que muchas veces nos sorprendemos de hallar que la limpieza sola basta para dar cierto aire de elegancia y buen gusto á una pobre cabaña, y para prestar los encantos de la belleza á una jóven aldeana de una fisonomía comun. Esto prueba que las mujeres tienen u-

na necesidad absoluta del aseo, y que aquella que descuide la pulcritud de su persona y no cifre en ella uno de sus más poderosos medios de agradar, no merece ciertamente fijar por largo tiempo las atenciones de un hombre delicado y gozar por toda su vida de la afeccion y cuidados de este. En fin, lo repito, el aseo recrea la vista, conserva los bienes de fortuna, ensancha y embellece la habitacion, mantiene la salud y encubre las estragos del tiempo, dando á la vejez el aire festivo y risueño de la edad de los placeres. Esta virtud es el auxiliar poderoso de los muchos y variados medios que posee una mujer para hacerse amable y necesaria á su esposo; y es un indicante de quien la observa en todos sus ramos, será madre cuidadosa, esposa tierna, administradora económica y activa, y excelente señora de casa. No se debe, pues, descuidar el cultivo de una cualidad que puede contribuir tan poderosamente á la felicidad de la vida privada que es la única á que deben aspirar las mujeres.

Mas ya es tiempo de concluir mi tarea. Espero que las mujeres me favorecerán á lo ménos con su indulgencia, si he tenido la desgracia de no merecer su aprobacion. Aconsejándoles la fidelidad y la obediencia no he dicho nada que no les estuviera ordenado por un legislador divino y por sus propios intereses. Solamente he tratado de recordarles lo que una educacion diminuta puede haberles hecho olvidar. Hablándoles sobre algunas otras cualidades que deben adornar á una esposa, no he hecho sino reunir bajo un solo punto de vista lo que ya han dicho muchos moralistas, y que hallándose esparcidos en muchos volúmenes y mezclado con otras mil cosas, ni es fácil de leer en poco tiempo, ni está tan precisamente acomodado á nuestra sociedad granadina. La felicidad de una mujer en esta y en la otra vida, estriba en llenar fiel y religiosamente sus de-

beres, en cualquier estado que abrace, por árduos y difíciles que parezcan. A esto se reduce cuanto queda dicho en los seis capítulos anteriores y en toda la obra. Sé que para explicar clara y distintamente todos los deberes de una esposa se necesitaría hacer una obra mucho más larga que esta; pero hablo á criaturas inteligentes, sensibles y deseosas del bien, y no dudo que bastará lo dicho.

¡Oh esposas y jóvenes solteras que leís este escrito! No imaginéis que he intenta lo hacer más pesado para vosotras el yugo del matrimonio. No; la naturaleza, vuestra propia conveniencia, y el convenio de todas las sociedades civilizadas os han marcado vuestro lugar. Necesitais un apoyo, un protector; pero debéis merecerlo. Renunciad á la corruptora coquetería, á los frívolos caprichos, á los permisivos pasatiempos que ocupan vuestra juventud, y muchas veces vuestra vida entera. Penetraos de los deberes sagrados que os imponen los títulos de esposas y madres, y preparaos á desempeñar dignamente las funciones que les están anexas. Unidas una vez á un hombre con el vínculo más respetable, desterrad á los demás hombres de vuestro corazón. Dedicad á hacer la felicidad de aquel á quien os ligó la Providencia, y mereciendo su amor, su respeto y su gratitud habeis obtenido la veneracion y aplausos de toda la sociedad.

¡Permita el Cielo que mi corto trabajo sea de alguna utilidad! ¡Cuánto placer sería para mí haber contribuido á enjugar las lágrimas, á calmar los dolores, á minorar los escándalos que causan tan frecuentemente esos himeceos desacertados!

Padres y madres de familia; jóvenes de ambos sexos que deseais casaros, credme: sino cumplis vuestras obligaciones respectivas, jamás seréis dichosos: y si á pesar de cumplirlas os persigue el infortunio, no os priveis del testimonio de una conciencia pura

que es el más sólido fundamento de la esperanza, y el dulce y único consuelo en la adversidad. Guardad vuestros juramentos, respetad el matrimonio y no desmoraliceis con vuestra conducta y vuestros sarcasmos esta santa y venerable institución. Entonces dejará de ser considerada como una odiosa esclavitud. La sociedad se pervierte y corrompe, y la República se perjudica porque los casados no son lo que deberían ser. Amaos, y no abuseis de vuestras prerrogativas. Acordaos que, *de una y otra parte hai derechos que es justo respetar, y deberes que es preciso cumplir.*

Pa

12

FIN.

96